



EL ÁGORA USB

ISSN: 1657-8031

alfonso.insuasty@usbmed.edu.co

Universidad de San Buenaventura

Seccional Medellín

Colombia

Vega Cantor, Renan
COLOMBIA Y GEOPOLITICA HOY.
EL ÁGORA USB, vol. 12, núm. 2, julio-diciembre, 2012, pp. 367-402
Universidad de San Buenaventura Seccional Medellín
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=407736376006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

COLOMBIA Y GEOPOLITICA HOY.

COLOMBIA AND GEOPOLITICS TODAY.

Recibido: febrero de 2012 – Revisado: abril de 2012 – Aceptado: 30 de mayo de 2012

Por: **Renan Vega Cantor**¹.

RESUMEN:

Este escrito de investigación, esboza los aspectos centrales que pueden ayudar a comprender la importancia geopolítica del territorio colombiano en la guerra mundial por los recursos, el punto de partida indispensable para entender las guerras de agresión contra los pueblos que hoy adelantan las potencias imperialistas, encabezadas por los Estados Unidos.

PALABRAS CLAVE:

imperialismo, agresión, geopolítica, guerras.

ABSTRACT:

This research brief outlines the core aspects that can help understand the geopolitical importance of the Colombian territory in the world war for the natural resources, being the essential starting point to understand the wars of aggression against the peoples today, by the imperialist powers, led by the United States.

KEY WORDS AND EXPRESSIONS:

Imperialism, aggression, geopolitics, wars.

¹ Historiador. Profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá, Colombia. Doctor de la Universidad de París VIII. Editor Revista CEPA. Galardonado en América latina con el Premio Libertador (2008). rvega@upedagogia.edu.co; colombiacarajo@hotmail.com.

Introducción.

“Las siete bases militares adicionales de Estados Unidos en Colombia elevarán su total planetario a 872, lo cual no tiene equivalente con ninguna potencia pasada o presente: ¡Estados Unidos invadió literalmente al Mundo!”. (Jalife Rahme, 2000)

El Imperialismo Y La Guerra Mundial Por Los Recursos.

El capitalismo de nuestros días requiere materiales y energía más que en cualquier otro momento de su historia, como resultado de varios procesos complementarios: el aumento del consumo a nivel mundial, a medida que se extiende la lógica capitalista de producción y derroche; la incorporación de países como China, India, Brasil y Rusia a la órbita del capitalismo mundial, mediante la producción de manufacturas o materias primas; las innovaciones tecnológicas y la producción de mercancías electrónicas de consumo masivo precisan de minerales y materiales para asegurar su producción. En pocas palabras, la generalización del American way of life, requiere de un flujo constante de petróleo y materiales, para asegurar la producción de mercancías que satisfagan los deseos hedonistas, artificialmente creados, de cientos de millones de seres humanos en todo el planeta.

Para producir automóviles, aviones, tanques de guerra, computadores, celulares, neveras, televisores y miles de mercancías se precisa de una cantidad ingente de metales y otros recursos minerales. Entre estos se incluyen los metales corrientes y conocidos, así como los metales raros.

Hierro, cobre, zinc, plata, cromo, cobalto, berilio, manganeso, litio, molibdeno, platino, titanio, tungsteno, son algunos de los metales más importantes en la producción capitalista de hoy. Un ejemplo ayuda a visualizar la importancia de esos metales: para producir el turborreactor de un avión se usa un 39% de metales corrientes y el resto consta de titanio (35%), cromo (13%), cobalto (11%), niobio (1%) y tántalo (1%) (Globedia, 2010).

Para mantener el nivel de producción y consumo del capitalismo se requiere asegurar fuentes de abastecimiento de recursos materiales y energéticos, los cuales se encuentran concentrados en unas pocas zonas del planeta, y no precisamente en los Estados Unidos, Japón o la Unión Europea, que tienen déficits estructurales tanto en petróleo como en minerales estratégicos. Para darse cuenta de la dependencia de recursos por parte de los Estados Unidos, resultan elocuentes algunas cifras. Este país cuenta con el 2% de las reservas mundiales de petróleo y en la actualidad sólo produce el 9% del petróleo mundial, mientras consume el 26% y aloja solamente al 4% de la población del orbe. Simultáneamente, consume el 45% de las gasolinas de todo el mundo y el 26% del gas.

Europa, por su parte, es el continente con menos reservas probadas de crudo, cuenta con el 13% de la población y consume el 21% del petróleo, 25% de gasolinas y 20% de gas del planeta. En estos momentos, Estados Unidos consume 21 millones de barriles diarios, de los cuales importa más de la mitad. Ese petróleo procede en su orden de los siguientes lugares: de Arabia Saudita y Canadá el 35%, de América Latina el 33%, de los países miembros de la OPEP el 32%. El petróleo que posee Estados Unidos sólo le alcanza para 11 años, pero si consumiera únicamente sus reservas éstas durarían 4 años. (Diez Canceco, 2007).

En términos de minerales, algunos datos ilustran la dependencia externa de los Estados Unidos:

“Entre el 100 y el 90% del manganeso, cromo y cobalto, 75% del estaño, y 61% del cobre, níquel y zinc que consumen, 35% de hierro y entre 16 y 12% de la bauxita y plomo que requieren. Europa depende en un 99 a 85% de la importación de estos minerales, con excepción del zinc, del que depende en un 74% de importaciones del extranjero”. Lo significativo estriba en que en conjunto América Latina y el Caribe suministran a los Estados Unidos el 66% de aluminio, el 40% del cobre, el 50% del níquel (Diez Canceco, 2007).

1. La importancia estratégica de América Latina En el escenario de esa guerra mundial por los recursos, América Latina es uno de los principales campos de batalla porque suministra el 25 por ciento de todos los recursos naturales y energéticos que necesitan los Estados Unidos. Además, los pueblos de la América latina y caribeña habitan un territorio en el que se encuentra el 25 por ciento de los bosques y el 40 por ciento de la biodiversidad del globo. Casi un tercio de las reservas mundiales de cobre, bauxita y plata son parte de sus riquezas, y guarda en sus entrañas el 27 por ciento del carbón, el 24 por ciento del petróleo, el 8 por ciento del gas y el 5 por ciento del uranio. Y sus cuencas acuíferas contienen el 35 por ciento de la potencia hidroenergética mundial.

Cuando hablamos de América del Sur es necesario recalcar su importancia geoestratégica, lo cual puede demostrarse con datos elementales: está compuesta por 12 países, cuenta con 360 millones de habitantes y con una gran identidad lingüística, puesto que predominan el castellano y el portugués, su territorios tiene un área de 17 millones de kilómetros cuadrados, con lo que dobla al de los Estados Unidos, (9.631.418 kilómetros cuadrados), tiene innumerable cantidad de riquezas minerales y energéticas, biodiversidad, agua, pesca y fauna (Barrios, 2006).

América Latina, con el 12% de la población mundial, tiene el 47% de las reservas de agua potable del mundo. El Acuífero Guaraní en el Cono Sur del continente, tiene 1.194.000 km² y supera en tamaño a España, Francia y Portugal juntos.

En cuanto a petróleo y gas se refiere, México cuenta con un potencial de petróleo, extraíble con la tecnología vigente, hasta el año 2012; Venezuela tiene 30 años de reservas para seguir explotando, pero posee petróleo asfáltico, lo cual las aumenta; Bolivia tiene importantes recursos de gas, 27 trillones de pies cúbicos, que alcanzaría para exportar hasta el 2024; además, pueden existir grandes reservas de hidrocarburos en Guatemala, Costa Rica y Ecuador, entre otros países de la región.

En lo que respecta a la Amazonía, la selva más biodiversa de la tierra, con una extensión de 7 millones 160 mil kilómetros cuadrados, alberga la mayor extensión de bosques tropicales del planeta (56 por ciento) y posee una gran variedad biológica de ecosistemas, especies y recursos genéticos. Allí se encuentra un millón y medio de especies conocidas y se estima que en total puede albergar más de diez millones de especies. Por el Amazonas y sus más de 7.000 tributarios corren 6.000 billones de metros cúbicos de agua por segundo. Adicionalmente, es la zona que más oxígeno provee (40 por ciento del oxígeno del mundo) y la que absorbe una mayor cantidad de carbono, en razón de lo cual, y con sobrados meritos, se le denomina el “pulmón del planeta”.

Varios países de América del Sur son fundamentales por los minerales que se encuentran en sus suelos. Entre esos sobresalen Chile, Perú y Bolivia. En estos países se encuentran las reservas más grandes de Cobre, de litio y de estaño. Chile y Bolivia son países mineros desde fines del siglo XIX y ahora Perú ha sido incorporado a la división internacional del trabajo como un nuevo país minero.

Posee unos 40 metales diferentes, siendo el tercer productor mundial de cobre, zinc y estaño y el primer productor del mundo en plata, quinto en oro y cuarto en plomo. Con relación a toda América Latina, Perú es el primer productor de oro, plomo, plata, zinc, uranio y estaño y el segundo productor de Cobre, después de Chile. En cuanto a la plata, Perú posee el 30% de las reservas mundiales. Por su parte, Chile es el primer productor y exportador mundial de cobre, con un 37% de la producción mundial.

En estos momentos ha vuelto a cobrar importancia el esquema colonial de división internacional del trabajo, que se basa en la explotación minera, de tipo intensivo y depredador, de los países de América Latina. Esto ha implicado que compañías multinacionales provenientes de Canadá, Europa. (Barrios, 2006).

China, se hayan apoderado como en los viejos tiempos de la colonia de grandes porciones territoriales del continente, donde se encuentran yacimientos minerales. La búsqueda insaciable de minerales metálicos y no metálicos ha llevado a que en estos países se implanten multinacionales extractivas, lo que ha generado un boom coyuntural que ha elevado los precios de esos minerales.

Incluso, se están explotando minerales que no tienen mucha utilidad práctica en términos productivos, como el oro, en torno al cual se ha desatado también otro boom inesperado. Esto está relacionado con la inestabilidad del oro y la búsqueda de sucedáneos seguros, y que mejor que el oro, aunque su explotación tenga consecuencias funestas para los países de América Latina que lo poseen en las entrañas de sus cordilleras o de sus ríos. Para facilitar la incursión de los “nuevos conquistadores” en nuestros países entre aquéllos y las clases dominantes se ha desarrollado un amancebamiento que apunta a propiciar las condiciones favorables en todos los terrenos, jurídicos, tributarios, laborales, territoriales, forestales, medio ambientales, para que esas empresas se lleven los recursos sin ningún tipo de obstáculos, a nombre del desarrollo y del progreso. Para favorecer a esas compañías se han modificado las constituciones y la legislación interna, con el fin de concederles exoneraciones tributarias, darles facilidades ambientales, y permitirles la apropiación de grandes cantidades de tierras y aguas.

En conclusión, América Latina no es poca cosa en la lucha mundial por los recursos y de ahí la prioridad estratégica de los Estados Unidos por asegurarse su control de manera inmediata. Y en ese contexto geopolítico, Colombia desempeña un papel crucial por varias razones: su privilegiada ubicación espacial, situada entre el sur y el centro de América; es el único país sudamericano que tiene costas en dos océanos; su extraordinaria biodiversidad y fuentes de agua dulce; sus riquezas forestales y minerales, aunque éstas últimas no sean tan abundantes y variadas como las de Perú; en ese territorio se pueden implantar sistemas aéreos y satelitales de control militar para vigilar y agredir a cualquier país de la región.

Además, las clases dominantes de Colombia han mostrado históricamente su condición de cipayos baratos del imperialismo estadounidense y, para completar, en territorio colombiano se libra una guerra desde hace más de medio siglo, como expresión de una permanente rebelión campesina contra el poder de gamonales y terratenientes. Estas razones explican por qué en las actuales circunstancias Colombia es tan importante para los Estados Unidos.

Metodología.

Para el desarrollo del presente texto, se consideran cuatro cuestiones:

- En primer lugar, se indica cuáles son las características de la guerra mundial por los recursos y su influencia directa en América Latina;
- En segundo lugar, se subrayan los aspectos medulares de la estrategia contrainsurgente de los Estados Unidos en el continente latinoamericano;
- En tercer lugar, se considera la importancia geoestratégica de las bases militares de Estados Unidos en el mundo y particularmente en nuestros territorios; y
- En cuarto lugar, se señalan en forma breve los objetivos de Estados Unidos al convertir al territorio colombiano en uno de sus principales centros de operaciones militares.

Para ello se acuden a fuente oficiales, centros de documentación e investigación, contrastación, análisis de fuentes.

Resultados – discusiones.

América Latina en la doctrina militar del Pentágono.

La estrategia de los Estados Unidos busca asegurarse el control de los recursos y el territorio de América Latina por las próximas décadas, en un momento en que su hegemonía mundial está seriamente resquebrajada. Esa estrategia bélica se manifiesta de manera directa en el presupuesto militar de Estados Unidos, porque, por ejemplo, el rubro correspondiente al 2010 ha sido el más alto de toda su historia, con un monto de 680 mil millones de dólares, una cifra superior a todo el gasto militar del resto del mundo. Este dato adquiere sentido si se compara con el presupuesto militar de Estados Unidos en el 2000, cuando fue de 280 mil millones de dólares, lo que indica un crecimiento de más del cien por ciento en menos de una década. En este contexto, examinemos de forma sucinta la situación de nuestro continente.

Cuando se habla de la importancia geopolítica y geoeconómica de Sudamérica, no hay que perder de vista que el imperialismo estadounidense está pensando en términos mundiales al considerar las reservas de recursos naturales y energéticos. Así ha quedado consignado en las diversas “doctrinas” invocadas en los Estados Unidos, estipuladas de manera unilateral, y basándose en su poderío militar y en su capacidad destructiva –rubricada miles de veces con ataques, invasiones, bombardeos, ocupaciones realizadas en todos los continentes durante el siglo XX. En efecto, ya en 1980, por medio de la autodenominada Doctrina Carter, Estados Unidos reclamaba como una cuestión de seguridad nacional que se mantuviera el flujo de petróleo por el Golfo Pérsico, y dispuso la utilización de cualquier medio bélico para

garantizar que el crudo siguiera circulando hacia el territorio estadounidense. Aunque esta doctrina es de la época de la Guerra Fría hoy sigue plenamente vigencia, por la elemental razón que el petróleo es más importante que nunca y la economía de los Estados Unidos depende en un alto porcentaje (más del 50%) de los 4 hidrocarburos que se encuentran en el exterior. Aún más, puede decirse que el gobierno de George Bush universalizó la Doctrina Carter, para aplicarla en cualquier lugar a donde hubiera petróleo.

En el 2003, el llamado Informe Cheney, o Política Nacional de Energía (NEP), que se escribió en momentos en que se ocupaba a Irak, postuló la obligatoriedad de controlar las fuentes más importantes de petróleo en todo el mundo y recalcó como prelación estratégica el control del petróleo que se encuentra fuera del Golfo Pérsico, en particular en tres zonas: la región andina (Colombia y Venezuela, en especial), la costa occidental del continente africano (Angola, Guinea Ecuatorial, Malí y Nigeria) y la cuenca del Mar Caspio (Azerbaijón y Kazajstán). En ese informe se dice de manera textual sobre estas regiones que “los niveles crecientes de producción y exportaciones son factores importantes que pueden aminorar el impacto de una perturbación en el suministro (del golfo) en las economías estadounidense y mundial”. En la actualidad, cuando Estados Unidos libra lo que denomina la “guerra contra el terrorismo”, un eufemismo para ocultar la guerra mundial por los recursos, existe una integración plena entre la política contra-insurgente y la protección del petróleo, como sucede de manera concreta en Colombia. En el 2002 el Departamento de Estado había dicho al respecto: “La pérdida de ganancias, debido a ataques guerrilleros, obstaculiza seriamente al gobierno de Colombia en la satisfacción de las necesidades sociales, políticas y de seguridad nacionales”. Por ello, determinó apoyar la seguridad de los oleoductos, principalmente el de Caño Limón-Coveñas y para eso Estados Unidos “fortalecerá al gobierno de Colombia en su capacidad para proteger una parte vital de su infraestructura energética” (Klare M. , 2004).

El analista Michael Klare decía en forma premonitoria en el 2004 al comentar el involucramiento petrolero militar de Estados Unidos en Colombia:

Se supone que los instructores estadounidenses asignado (Klare M. , 2004)s a esta misión se atienen a su papel de entrenamiento y apoyo. Pero hay indicios de que el personal militar estadounidense ha acompañado a las tropas colombianas en operaciones de combate contra las guerrillas. El entrenamiento ocurre “durante misiones militares y de inteligencia reales”, reveló el US News and World Report en febrero de 2003. Lentamente, Estados Unidos se convierte en parte de la principal campaña contrainsurgente en Colombia, con todos los signos de una guerra prolongada (Klare M. , 2004).

En ese mismo sentido, el Plan Cheney enfatizaba la importancia del petróleo de América Latina, puesto que Venezuela es el tercer proveedor Mundial, México el cuarto y Colombia el séptimo, recomendando incluso la ampliación del suministro de México y Venezuela: “México es una fuente confiable y pujante de petróleo importado (...) Sus vastas reservas, aproximadamente 25 por ciento mayores que nuestras propias reservas probadas, hacen de México una fuente probable de producción de crudo en expansión durante los próximos diez años”. Con respecto a Venezuela se hacía referencia a sus grandes reservas de crudo convencional y de crudo pesado, destacando que el éxito de ese país en “convertir los depósitos de crudo pesado en comercialmente viables”, debería contribuir “sustancialmente

a la diversidad de las existencias de energía globales y a nuestras propias existencias energéticas en el mediano o el largo plazo" (Klare M. T., 2003).

Las declaraciones de políticos, militares y empresarios de los Estados Unidos sirven para sopesar la magnitud de la guerra por el control de los recursos. Sólo a manera de ilustración citemos a algunos de ellos. Según Spencer Abraham, uno de los Secretarios de Energía del gobierno de George Bush II, su país "enfrenta una crisis de suministro de energía mayor durante las próximas dos décadas. El fracaso para encarar este desafío amenazará la prosperidad económica de nuestra nación, comprometerá nuestra seguridad nacional y literalmente alterará la forma en que nosotros llevamos nuestras vidas" (Davis Savinar, 2004).

Por su parte, Ralph Peters, Mayor retirado del Ejército de los Estados Unidos, afirmó en *Armed Forces Journal*, (una revista mensual para oficiales y dirigentes de la comunidad militar de USA.) en agosto de 2006: "No habrá paz. En cualquier momento dado durante el resto de nuestras vidas (Peters, 2006), habrá múltiples conflictos en formas mutantes en todo el globo. Los conflictos violentos dominarán los titulares, pero las luchas culturales y económicas serán más constantes y, en última instancia, más decisivas. El rol de facto de las fuerzas armadas de USA será mantener la seguridad del mundo para nuestra economía y que se mantenga abierta a nuestro ataque cultural. Con esos objetivos, mataremos una cantidad considerable de gente" (Mosaddeq Ahmed, 2006).

El puño de hierro militar para imponer el neoliberalismo y la globalización.

Tras el fin de la Guerra Fría, el triunfo temporal del capitalismo, hegemonizado por el imperialismo estadounidense, apuntó a fortalecer el mercado mediante la imposición universal del neoliberalismo, lo cual vino acompañado de una ofensiva ideológica y cultural tendiente a reforzar los antivalores del "mundo libre", relacionados con el individualismo, el consumo, la competencia, el egoísmo y la lucha de todos contra todos. Desde un principio quedó claro que ninguna de las dos cosas, ni la imposición del mercado capitalista ni el embate cultural, serían posibles sino venían acompañados por el reforzamiento del poder militar.

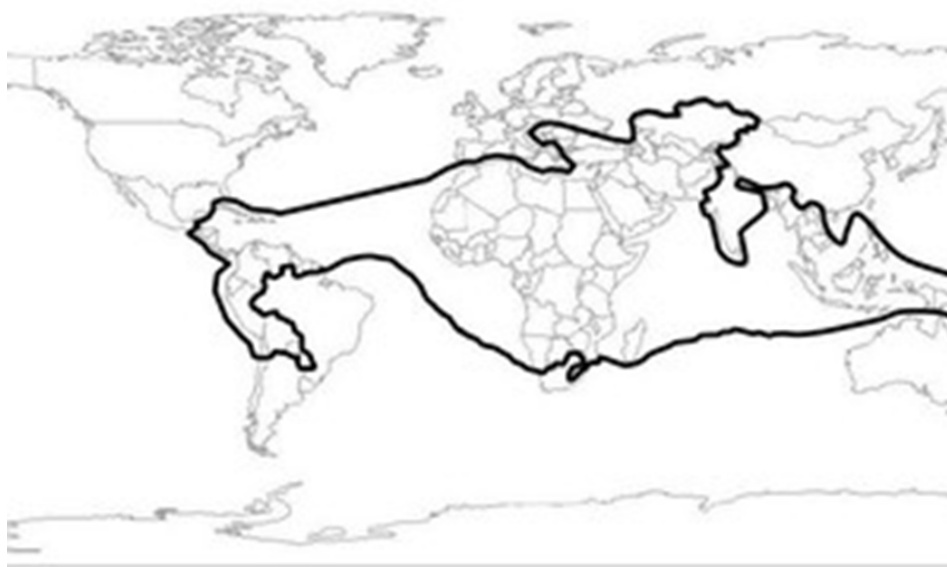
Desde entonces, en contra de la propaganda oficial de la "paz perpetua" que se anunció tras la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética, Estados Unidos ha reforzado su poderío militar de tal manera que su gasto en el aparato bélico supera al de todos los otros países del mundo juntos. Es obvio que construir una fuerza militar de tal envergadura no es un simple pasatiempo, sino un soporte estratégico de la dominación mundial de los Estados Unidos, que se sustenta en sus concepciones sobre los que ahora son sus enemigos y las posibilidades reales o imaginarias de conflicto. En esta geografía del terror, la periferia, donde se encuentran recursos y reservas de fuerza de trabajo, ocupa un lugar principal. Para enfrentar los peligros que se producen en el mundo periférico, Estados Unidos proclamó una guerra asimétrica, que se reforzó después de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Esa guerra asimétrica es de tipo irregular, como lo anunciaba un estudio militar de 1995:

El concepto de guerra se está expandiendo, como mínimo, hacia dos direcciones. En primer lugar, ya no podemos ver la guerra simplemente como los ejércitos de una nación-estado o grupo de naciones estado combatiendo entre sí (...) La segunda manera en que se está ampliando el concepto de guerra se relaciona con el combate convencional (Gordon & Dubik, 1995).

Estados Unidos como potencia hegemónica a nivel mundial aprovechó su triunfo en la guerra fría para reforzar su poder militar, valiéndose de los desarrollos científicos y tecnológicos, con el fin de aterrorizar y aplastar a sus eventuales adversarios en el caso de que se desencadenara una guerra formal o surgieran posibles competidores. Esto quedó plasmado en un documento de 1992, titulado "Guía para la Planificación de Defensa", en el cual se indicaba como prioridad que "Estados Unidos debía impedir la competencia de quienes aspiren a jugar un papel preponderante en el ámbito regional o global" y contemplaba incluso el uso de armas nucleares, biológicas y químicas de manera preventiva, "aún en conflictos en los que los intereses estadounidenses no estén directamente amenazados". A partir de este presupuesto, se postulaba la necesidad de combatir a aquellos que Estados Unidos considerara como sus enemigos, sin importar donde estuvieran. Con esta lógica, se modificó también la concepción que se le atribuye a la tecnología, la cual paso a convertirse en el centro de las capacidades militares y operativas de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. (García Cuñarro, 2006).

Mapa 1

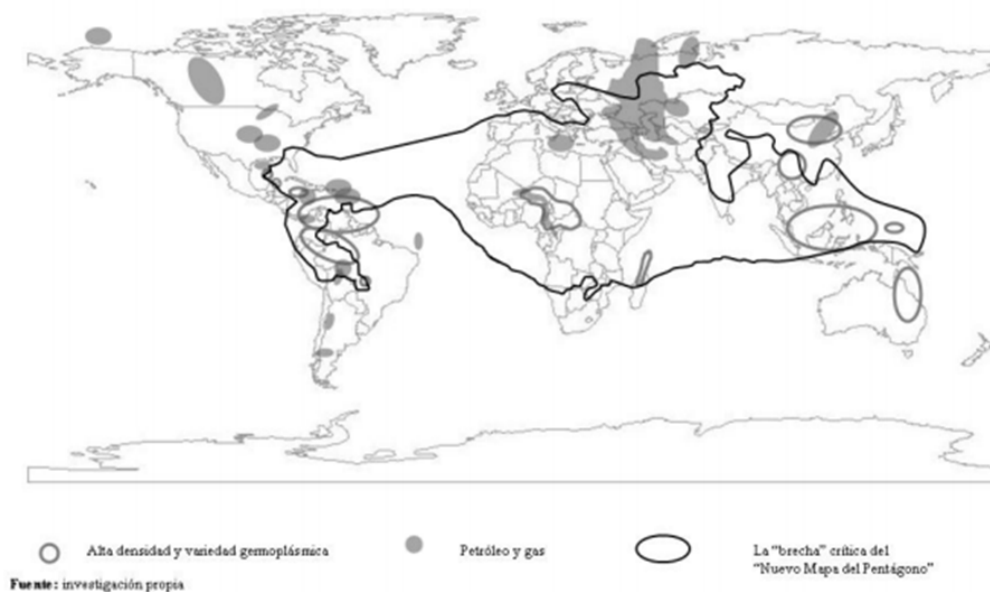
La "brecha" crítica del "Nuevo Mapa del Pentágono"



MAPA 1. geopolitica8.jpg-La "brecha" crítica del "nuevo mapa del pentágono". Fuente: Fuente: Ana Esther Ceceña, Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites, en <http://www.geopolitica.ws/article/estrategias-de-construccion-de-una-hegemonia-sin-l/>.

Los estrategas del imperialismo estadounidense diseñaron una visión del mundo que se basa en determinar si los países son o no obedientes a los dictados de Washington y a su proyecto de dominación mundial, presentado en público con el nombre de globalización. Uno de estos estrategas, Thomas Barnett, diseñó lo que se conoció como El Nuevo Mapa del Pentágono, en el cual se divide al mundo en tres regiones, aunque de ellas en verdad importen dos. Por una parte está el centro, conformado por los países capitalistas desarrollados, con estados fuertes; luego están los países eslabón, que se constituyen en zonas de amortiguamiento y de disciplinamiento del tercer grupo, los países “brecha”, donde se encuentran los estados fallidos y las zonas de peligro para el nuevo orden mundial y sobre los cuales se debe desplegar una labor de vigilancia y control por parte de los Estados Unidos, con el fin de consolidar un sistema verdaderamente globalizado, incondicional y proclive a la dominación y explotación abanderada por Washington y sus compañías multinacionales (Ceceña, 2004).

Dicho de otra forma, el mundo está dividido en dos bandos: un sector crítico, conformado por estados fallidos que amenazan la seguridad internacional a la que se denomina la “brecha no integrada”, la cual está conformada por países de Centro América y el Caribe, la región andina de Sudamérica, que se extiende por casi toda África (menos Sudáfrica), Europa oriental, el medio oriente (excluyendo a Israel), Asia Central, Indochina, Indonesia y Filipinas; la otra zona formada por lo que se denomina el “núcleo operante de la globalización”, del que forman parte Estados Unidos, Canadá, Chile, Europa Occidental, China, Japón, India, Australia. Los territorios no enganchados se convierten en un peligro, y deben ser sujetos por los primeros, y ponen en cuestión la seguridad del Occidente. Por ello, deben ser integrados a la fuerza, porque “si un país pierde ante la globalización o si rechaza buena parte de los beneficios que esta ofrece, existe una probabilidad considerablemente alta de que en algún momento los EE.UU. enviarán sus tropas a intervenir en este país” (Shmitt, 2009).

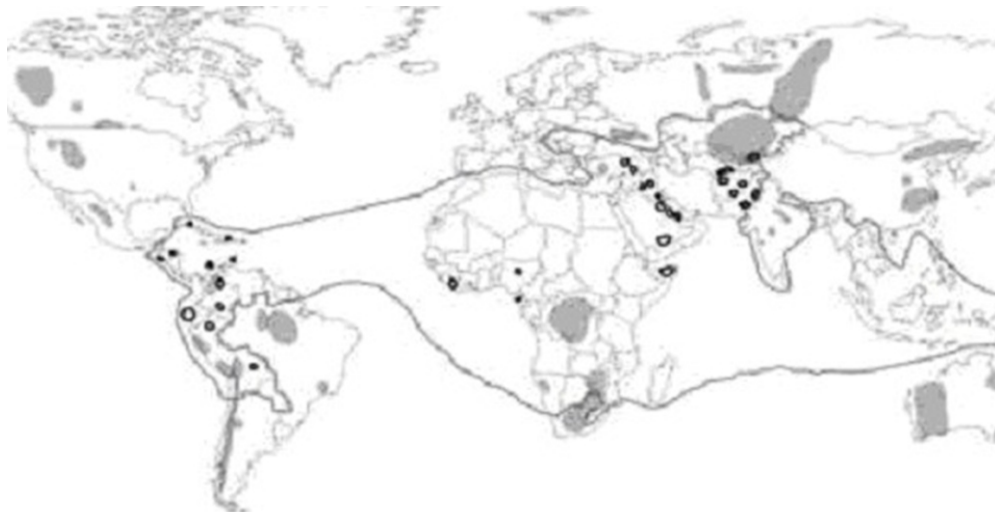


MAPA 2: Fuente: Ana Esther Ceceña, Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites, en <http://www.geopolitica.ws/article/estrategias-de-construccion-de-una-hegemonia-sin-l/>.

Llama la atención que esta gran zona de conflictos y turbulencias corresponda a los lugares donde se encuentran las más grandes reservas de recursos materiales y energéticos. La intervención de Estados Unidos en esta gran zona del mundo se hace a nombre de mantener la gobernabilidad, con lo cual se oculta el interés estratégico de asegurarse el dominio de esos recursos naturales, imprescindibles para el funcionamiento del capitalismo, así como el mantenimiento de la explotación de importantes contingentes de fuerza de trabajo, a bajo costo o en términos casi gratuitos, una condición indispensable para el mantenimiento y la reproducción del capitalismo a escala mundial.

Adicionalmente, esos territorios no solamente se deben dominar por sus recursos sino porque allí también existen movimientos de resistencia y rebelión, donde se esbozan otras propuestas alternativas al capitalismo, que en el “nuevo orden mundial” no se pueden tolerar (Ceceña, 2004).

Este mapa, que es crucial para entender lo que ha pasado en el mundo en las dos últimas décadas, no puede considerarse como algo fijo e inmutable. Por el contrario, es dinámico en concordancia con las modificaciones presentadas en la periferia, en la medida en que en uno u otro país desaparecen los Estados fallidos y canallas, no porque se hayan superado las condiciones de pobreza y desigualdad –algo que le tiene sin cuidado a los Estados Unidos– sino porque se han realizado los “milagros” del neoliberalismo y la globalización, y se han integrado perfectamente al mercado capitalista mundial. En algunos casos de nuestra América en pocos años puede observarse que algún país ingresa en este amplio círculo de inestabilidad, como hoy le ocurre a México, que ya está siendo presentado como un Estado fallido, o también acontece, en sentido inverso, que un territorio considerado ingobernable, como Colombia, hoy es mostrado como ejemplo de “avance democrático” y consolidación de una “economía próspera”, y por ello ha llegado la inversión extranjera, aprovechando las bondades de la seguridad que se le brinda al capitalismo.



* bases militares de EE.UU

* metales estratégicos

Fuente: Ana Esther Ceceña, Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites, en <http://www.geopolitica.ws/articulo/estrategias-de-construccion-de-una-hegemonia-sin-l/>.

Estados Unidos Y La Guerra Irregular En Nuestra América.

Estados Unidos como un imperialismo en crisis le apuesta a la guerra como una forma de mantener su debilitada hegemonía. Esa guerra combina las acciones bélicas convencionales, como se ha mostrado en Irak y Afganistán, con el combate irregular, sobre todo en aquellos lugares donde su objetivo es derribar a los que concibe como enemigos a su seguridad nacional, porque impulsan proyectos independientes y porque poseen recursos estratégicos que necesita con urgencia para mantener su despilfarrador modo de vida. Por eso, en el Presupuesto del Pentágono para el 2010 se impulsa la guerra irregular, señalando que se deben seguir apoyando, lo que no es nuevo en el caso de Estados Unidos, el “contraterrorismo, las tácticas de guerra no convencional, la defensa interna en países extranjeros, la contrainsurgencia y las operaciones de estabilidad” y por lo mismo el Pentágono debe “institucionalizar las capacidades necesarias para conducir la Guerra Irregular... desarrollar nuevas capacidades para enfrentar el rango de desafíos irregulares”. En esa dirección, el Pentágono ha decidido aumentar su capacidad para entrenar los ejércitos de sus socios, como Colombia, algo que se hace con la misma lógica enunciada desde la década de 1980 por el General Curtis E. Lemay quien indicó que la finalidad estriba en “destruir la eficacia y la efectividad de los esfuerzos del adversario y su capacidad de utilizar a la población para sus propios fines” (Golinger, 2008).

Con relación a la estrategia militar de los Estados Unidos, en el preámbulo del nuevo Manual de Operaciones del Ejército se dice:

América está en guerra, y vivimos en un mundo en donde el terrorismo global y las ideologías extremistas son realidades. El Ejército ha mirado de manera analítica al futuro, y creemos que nuestra Nación continuará involucrada en una era de 'conflicto persistente' – un periodo de confrontación entre estados, no estados y actores individuales dispuestos cada vez más de utilizar violencia para lograr sus fines políticas e ideológicas...El ambiente operacional en que se ejerce este conflicto persistente será complejo, multidimensional y realizado 'entre los pueblos.' Anteriormente, intentamos separar al pueblo del campo de batalla para poder involucrar y destruir enemigos y ocupar terreno. Mientras que reconozcamos nuestro requerimiento en duradero de luchar y ganar, también reconocemos que el pueblo forma parte del terreno y que su apoyo es un determinante principal para el éxito de futuros conflictos....Nosotros lograremos victoria en este cambiante ambiente de conflicto persistente solo a través de la conducción de operaciones militares conjuntamente con esfuerzos diplomáticos, informativos y económicos. Éxito en el campo de batalla ya no es suficiente; la victoria final requiere operaciones de estabilidad concurrentes para colocar la fundación de una paz duradera....(Golinger, 2008).

Aquí se anuncia la continuación de la guerra sin fin “contra el terrorismo” como un enfrentamiento más prolongado que el de la Guerra Fría, pues sus principales ideólogos han sostenido que la guerra actual se extenderá por lo menos durante un siglo¹⁶. En estas circunstancias, el de ahora es un conflicto persistente de largo plazo y de carácter total, que involucra a las poblaciones de los diversos países que se incluyen en el enfrentamiento. El Manual sostiene que las operaciones en esta guerra son de “espectro completo”, en las que se incluyen acciones ofensivas, defensivas y de naturaleza militar y civil, todas de manera

simultánea. Por ello, se recalca la importancia de las operaciones psicológicas, en las cuales sobresale la propaganda y la desinformación, al mismo tiempo que las tareas cívicas deben ser desempeñadas, junto con las acciones militares, por el ejército de los Estados Unidos (Dietrich, 2003).

En concordancia, se plantea que en los conflictos está incluida de manera forzosa la población civil:

El combate de los futuros conflictos será más “entre la gente” en lugar de “alrededor de la gente”. Esto fundamentalmente altera la manera en que los Soldados pueden aplicar la fuerza para lograr el éxito en un conflicto. Los enemigos buscarán poblaciones dentro de las cuales pueden esconderse para protegerse contra las comprobadas maneras de ataque y detección de las fuerzas estadounidenses, en preparación para ataques contra comunidades, y como un refugio de los golpes estadounidenses contra sus bases, y también para buscar recursos. La Guerra sigue siendo una batalla de voluntades – un concurso para la dominación de los pueblos. La lucha esencial del futuro conflicto tomará lugar en áreas en que este concentrada la gente y requerirá que la dominación de la seguridad estadounidense extienda por toda la población (Golinger, 2008).

En la práctica es el reconocimiento que la doctrina militar imperante en las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos es la de la cuarta generación, porque ya no existen campos de batalla claramente definidos, ni combatientes, ni armas convencionales, porque finalmente “todos somos guerreros y guerreras en una guerra sin fin y sin fronteras”, como dice Eva Golinger.

Estrategia militar de los Estados Unidos en América Latina.

El despliegue de la IV Flota, el establecimiento de bases militares en varios países, la intervención en Haití en enero de 2010, el despliegue de la guerra de cuarta generación en varios países de la región forman parte de una estrategia global del imperialismo estadounidense con la intención de retomar el dominio pleno de los territorios del Caribe y de toda nuestra América. Eso aparece claro en el informe del Comando Sur de los Estados Unidos (USSOUTHCOM, por su sigla en inglés) titulado La “Estrategia del Comando Sur de los Estados Unidos 2018 Amistad y Cooperación por las Américas”, en el que se revela la estrategia de este país para toda América Latina y el Caribe¹.

El Comando Sur es el organismo militar encargado de toda América Latina, desde el sur de México hasta la Patagonia, incluyendo el Caribe. Su sede está en Miami y cuenta con un personal permanente de 1200 efectivos militares y funcionarios civiles. Este Comando Sur esta integrado por el Ejército Sur de los Estados Unidos, ubicado en el Fuerte Sam en Houston, Texas; la Fuerza Aérea Sur, emplazada en la Base de la Fuerza Aérea Davis en Monthan, Arizona; el Comando de las Fuerzas Navales Sur de los Estados Unidos, ubicado en la Base Naval de Mayport, Florida; las Fuerzas Sur de Infantería de Marina de los Estados Unidos, establecidas en Miami, Florida; y el Comando de Operaciones Especiales Sur de los Estados Unidos, que presta servicios en la Base de la Reserva Aérea de Homestead cerca de Miami, Florida.

También posee tres Fuerzas de Tarea Conjunta: la Bravo, ubicada en la Base Aérea Soto Cano, Honduras; la de Guantánamo, con base en la Estación Naval estadounidense de la Bahía de Guantánamo, Cuba; y la Sur, emplazada en Key West, Florida(Chiani, 2010).

En este documento se enuncian como objetivos prioritarios asegurar la defensa de los Estados Unidos, fomentar la estabilidad del continente e impulsar su prosperidad. Para que eso sea posible hay que enfrentar las amenazas y desafíos, entre los que menciona la pobreza, la inequidad social, la corrupción, el terrorismo, el tráfico de drogas, la criminalidad y los desastres naturales, todos los cuales, desde luego, plantea combatir con el fin de alcanzar “los objetivos estratégicos de los Estados Unidos”.

El documento no oculta la importancia de la energía para los Estados Unidos, al acotar que tres de los cuatro proveedores principales de energía de los Estados Unidos se encuentran dentro del hemisferio occidental (Canadá, México y Venezuela). De acuerdo con la Coalition for Affordable and Reliable Energy (Coalición en Pro de Energía Accesible y Confiable), los Estados Unidos necesitarán un 31% más de petróleo y un 62% más de gas natural en las próximas dos décadas. A medida que los Estados Unidos siguen necesitando más petróleo y gas, América latina se convierte en un líder mundial de energía con sus enormes reservas de petróleo y producción y suministros de gas y petróleo. Debemos trabajar juntos para garantizar que estos recursos energéticos y la infraestructura que los respaldan permitan la prosperidad regional(Chiani, 2010).

Más adelante señala que “la seguridad y la estabilidad en el año 2018 dependen de la creación de un ambiente de seguridad hemisférica que nos incluya y nos beneficie a todos. Tenemos que encontrar la manera de enfocar la sabiduría colectiva de todos los asociados para derrotar a los grupos que quieren impedir que alcancemos nuestros objetivos. Los desafíos de seguridad en nuestro hemisferio no son amenazas militares tradicionales y, a menudo, están interrelacionados e involucran a actores estatales como no estatales”(Chiani, 2010).

El Comando Sur está presente en la mayor parte de América Latina, a través de las bases militares y de acuerdos con diversos gobiernos de la región que les permiten participar en maniobras conjuntas y en otras actividades de patrullaje, entrenamiento y ejercicios navales, aéreos y terrestres con los ejércitos que participan en esos acuerdos con el imperialismo estadounidense.

Esto le menciona sin titubeos este documento del Comando Sur: “la misión más importante que tenemos es proteger nuestra patria. Garantizamos la defensa avanzada de los Estados Unidos al defender los accesos del sur. Debemos mantener nuestra capacidad de operar en los espacios, aguas internacionales, aire y ciberespacio comunes mundiales y desde ellos”.

El documento reafirma el valor estratégico de la región:

Los países de Latinoamérica y del Caribe son estratégicamente importantes para la seguridad nacional y el futuro económico de los Estados Unidos. Los intereses a largo plazo de los Estados Unidos están mejor resguardados en un hemisferio de países estables, seguros y democráticos. El futuro próspero para todos se asienta sobre una base de valores

compartidos, gobiernos eficientes, sociedades libres y economías abiertas de mercado”. Así mismo, se enfatiza al final del documento que “la seguridad, la estabilidad y la prosperidad en el continente americano... proporcionarán la defensa avanzada de los Estados Unidos (Visión siete internacional, 2009).

En este documento se expresan con claridad los verdaderos objetivos estratégicos del imperialismo estadounidense, obviamente encubiertos con la retórica típica del libre mercado y la seguridad, como cuando señala que “mientras se lleven a cabo operaciones militares y haya cooperación de seguridad con los países de la región, se logrará una organización líder que constituya la defensa avanzada de los Estados Unidos”. Esta puede considerarse como una declaración similar a la del Destino Manifiesto del siglo XIX, con la cual Estados Unidos reclamaba para sí el dominio de todo el territorio que se encuentra al sur del Río Bravo.

Plan Colombia.

El acuerdo militar firmado en octubre de 2009 entre el gobierno colombiano y los Estados Unidos fue la continuación del mal llamado Plan Colombia, que se inició hace un poco más de una década.

Este fue escrito originalmente en inglés en los Estados Unidos y luego se dio a conocer en Colombia. Fue presentado como un acuerdo encaminado a luchar contra el narcotráfico, puesto que desde hace varias décadas Colombia es el primer productor mundial de cocaína y produce en menor escala marihuana y amapola, a partir de la cual se fabrica la heroína. Este plan fue concebido desde un principio con un doble propósito estratégico: como un proyecto contrainsurgente encaminado a fortalecer el aparato bélico del Estado colombiano, el cual había recibido duros golpes militares de la guerrilla; y controlar la región amazónica, una zona geopolítica esencial para los Estados Unidos. Tanto el gobierno colombiano como el de Estados Unidos reafirmaron de manera reiterada que el Plan Colombia era un proyecto para luchar de manera exclusiva contra la producción de narcóticos, pero era evidente, como se ha demostrado después, que su finalidad era contrainsurgente y para eso se necesitaba financiar y rearmar al Ejército. En ese contexto, mientras el gobierno de Andrés Pastrana desarrollaba unos diálogos de paz con las FARC, Estados Unidos financiaba y reorganizaba a las Fuerzas Armadas, mediante el Plan Colombia.

El gobierno de los Estados Unidos se presentaba con ese plan como un adalid de la lucha contra los narcóticos en las zonas de producción, pero sin enfrentar el problema del consumo doméstico, privilegiando la militarización de Colombia como forma de combatir la generación de cocaína, fórmula compartida por la oligarquía de este país. Para ello nada mejor que poner en práctica una política de tierra arrasada en las regiones productoras de hoja de coca, mediante la realización de costosas e infructuosas fumigaciones aéreas, que han devastado miles de hectáreas de pequeños campesinos en diversas regiones del país, en especial en las zonas selváticas del sur, lo que también ha afectado a países fronterizos, como Ecuador. Pese a eso, la lucha contra las “drogas ilícitas” sólo era un pretexto para afianzar la presencia directa de Estados Unidos en la región andino-amazónica, como ha quedado suficientemente claro en los últimos años.

Hoy puede apreciarse con claridad que entre uno de los objetivos del plan Colombia estaba el de fortalecer la capacidad bélica del Estado colombiano, no sólo para enfrentar al movimiento insurgente sino también para contar con uno de los ejércitos mejor armados del continente, como lo es en la actualidad. Eso se puede mostrar con unos pocos datos, de por sí muy reveladores:

Entre 1998 y 2008, unos 72.000 militares y policías de Colombia fueron adiestrados por personal de los Estados Unidos, lo que hace que Colombia sea el segundo país del mundo, después de Corea del Sur, en recibir este tipo de entrenamiento; a fines de la primera década del siglo XXI se encontraban operando en territorio colombiano 1.400 militares y contratistas (un eufemismo de mercenarios) de los Estados Unidos, cuando a comienzos del Plan Colombia se había dicho que solamente iban a operar unos 400; la Embajada de los Estados Unidos ha crecido de tal manera en cantidad de personal administrativo, militar y de espionaje que es la quinta más grande del mundo; el Plan Colombia ha costado hasta el 2008 66.126 millones de dólares, incluyendo el aporte de Estados Unidos y el dinero dado por el gobierno de Colombia (Otero Parada, 2010).

Esa fue la primera fase, el Plan Colombia propiamente dicho. La segunda fase consistió en llevar la guerra interna de Colombia más allá de sus fronteras para involucrar a los países vecinos, como en efecto ha sucedido. Y la tercera fase es la de la guerra preventiva, la típica doctrina naziestadounidense posterior al 11 de septiembre, que se ha puesto en práctica en los últimos años, y cuyo hecho más resonante fue el ataque alevé y criminal en el Ecuador en marzo de 2008 por parte de Fuerzas Armadas de Colombia.

Algunas cifras ayudan a sopesar la magnitud de la transformación militar que ha significado el Plan Colombia: el gasto militar de Colombia representa el 6,5 del PIB, una de las cifras más altas del mundo, mientras el de los países de Sudamérica oscila entre el 1,5% y el 2%; las Fuerzas Armadas de Colombia son las que más han crecido en el continente, y quizá en el mundo, en la última década, pues hoy ya tienen cerca de medio millón de efectivos, contando todos los contingentes de aire, mar y tierra, así como la policía, que en Colombia es un cuerpo armado y depende directamente del Ministerio de Defensa; en el 2008, el ejército de tierra tenía 210.000 miembros, mientras que el de Brasil contaba con 190.000, el de Francia con 137.000, el de Israel con 125.000; la relación de efectivos del ejército colombiano está en proporción de seis a uno con Venezuela y de once a uno con Ecuador (Isaza Delgado, 2008), (Calle, 2008), (Zibechi, 2008).

Como contraprestación a esta “ayuda militar” de los Estados Unidos, estimada en 5.525 millones de dólares entre 2001 y 2008, –que convierte a Colombia el tercer país del mundo en recibir asistencia militar de los Estados Unidos, después de Israel y Egipto– el Estado colombiano ha respaldado cuanta aventura bélica o agresión realiza el imperialismo estadounidense: fue el único de América del Sur que apoyó abiertamente la criminal guerra y ocupación de Irak, llegando hasta el extremo de felicitar a George Bush por su “éxito” y solicitar, que tras el proclamado fin de la guerra en mayo de 2003, fueran enviados los bombarderos yanquis a Colombia a combatir a las organizaciones guerrilleras; de este país han salido contingentes militares para participar como miembros de las tropas de ocupación en Afganistán, o como mercenarios privados en Irak; el régimen de Uribe apoyó el golpe de

Estado en Honduras (junio del 2009) y fue el primer presidente en visitar al ilegítimo Porfirio Lobo, quien sustituyó al gobierno de facto. Más recientemente, el régimen de Juan Manuel Santos ha sido el único de Sudamérica en negarse a apoyar el reconocimiento del Estado Palestino y respaldar en la práctica al sionismo genocida, con el pueril argumento de que sólo apoyaría la creación de dicho Estado cuando se reanuden los diálogos entre Israel y la autoridad Palestina.

En conclusión, “el Plan Colombia, y sus otros anexos, es el mayor proyecto geoestratégico que se haya trazado para recolonizar América Latina” y la militarización ha sido “el mecanismo prioritario de Estados Unidos para ejercer su dominio económico y geopolítico” (Calloni, 2009).

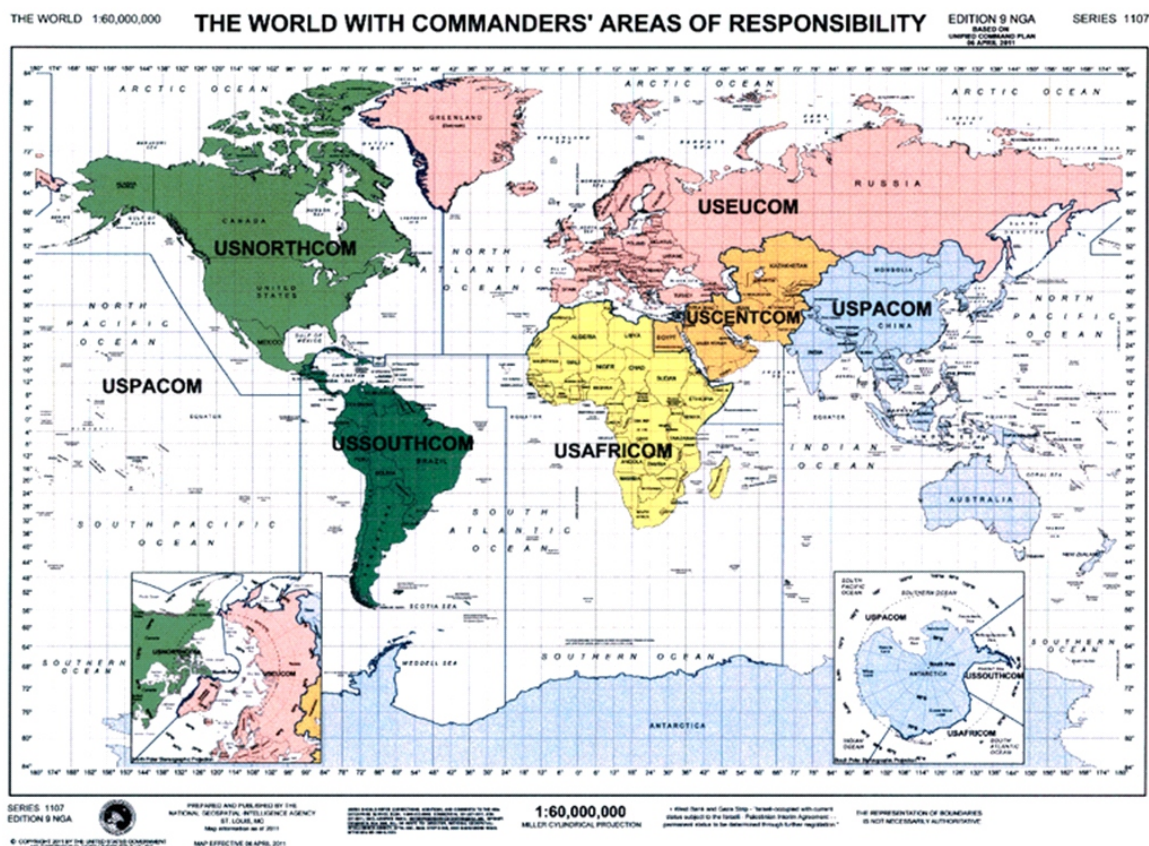
Las Bases Militares De Los Estados Unidos: Los Eslabones De Una Red Mundial De Terror.

Estados Unidos tiene regadas bases militares por los cinco continentes. Con exactitud no se conoce la cantidad de bases que posee, aunque según un inventario oficial elaborado por el Pentágono, en el 2008 Estados Unidos tenía 865 bases en 46 países, en los cuales desplegaba unos 200 mil soldados. Sin embargo, algunos de los que han estudiado con detalle el asunto sostienen que el número total de bases es de unas 1.250, distribuidas en más de 100 países del mundo. La dificultad para precisar su número estriba en que en las cifras oficiales no se consideran las bases que se han instalado en Afganistán e Irak, territorios actualmente invadidos por los Estados Unidos.

En América Latina, Estados Unidos cuenta en estos momentos con un total de 27 bases oficialmente reconocidas, incluyendo a las colombianas, y a las cuales deben agregarse otras que nunca se mencionan, pero que en la práctica operan, como tres que hay en el Perú. Esas bases son las siguientes: en América Central se encuentran la base de Comalapa en el Salvador, la de SotoCano (o Palmerola) en Honduras, desde donde se planeó el golpe contra el presidente Zelalla, en Costa Rica está la base de Liberia, que dejó de funcionar un tiempo pero que volvió a operar recientemente. En América del Sur operan en Perú tres bases de las que poco se habla; en Paraguay está la base militar Mariscal Estigarribia, localizada en el Chaco, con capacidad para alojar a 20 mil soldados y se encuentra situada en un lugar estratégico, cerca de la triple frontera y al acuífero Guaraní, la reserva de agua dulce más grande del mundo; en el Caribe, existen bases en Cuba, la de Guantánamo, usada como centro de tortura; en Aruba, la base militar Reina Beatriz y en Curazao la de Hatos. A este listado deben agregarse las 7 bases reconocidas en Colombia, cifra que es mayor, y las que se instalaran en Panamá (Modak, 2009).

¿Cómo podría definirse una base militar? De manera simple podría decirse que es un lugar en donde un ejército entrena, prepara y almacena sus maquinarias de guerra. Se puede hablar según sus funciones específicas de cuatro tipos de bases militares: aéreas, terrestres, navales y de comunicación y vigilancia. Como el imperialismo estadounidense ve a la superficie terrestre como un inmenso campo de batalla, “las bases o instalaciones militares de diversa naturaleza están repartidas en una rejilla de mando dividida en cinco unidades espaciales y cuatro unidades especiales (Comandos Combatientes Unificados) (Mapa 4). Cada unidad está situada bajo el mando de un general. La superficie terrestre está entonces considerada

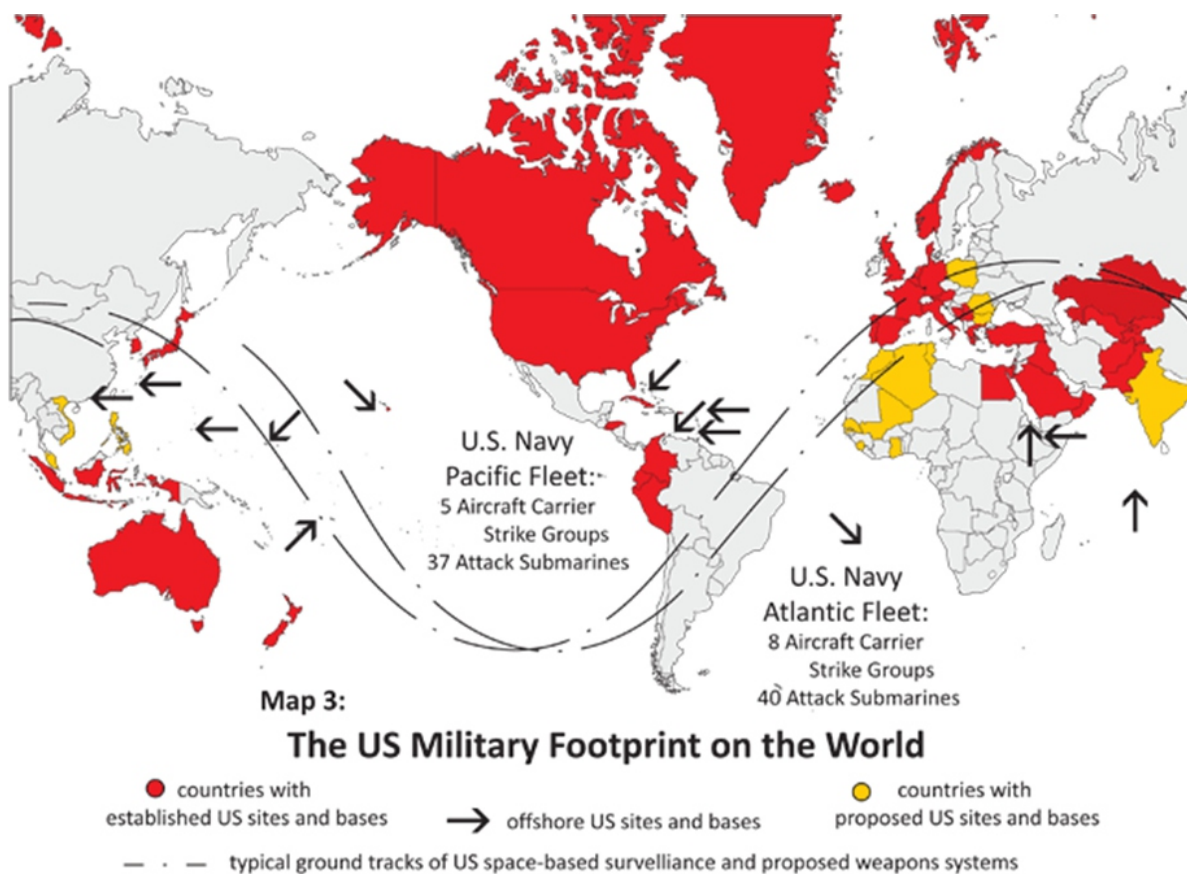
como un vasto campo de batalla que puede ser patrullado o vigilado constantemente a partir de estas bases" (Dufour, 2009).



Mapa 4. Comandos militares de Estados Unidos en el mundo. Fuente: "own work", , neu erstellt unter Verwendung von BlankMap-World6.svg. Quelle: USAFRICOM United States Africa Command Map Draft und Unified Command map.

Como indica el mapa, Estados Unidos ha dividido militarmente el mundo en varios comandos, a saber: Comando Norte (base de Paterson de la Fuerza Aérea, con sede en Colorado), Comando del Pacífico (Honolulu, Hawai), Comando Sur (Miami, La Florida), Comando Europeo (StuttgartVaihingen, Alemania), Joint Forces Command (Norfolk, Virginia), Comando de Operaciones Especiales (MacDill Air Force Base, Florida), Comando de Transporte (Scott Air Force Base, Illinois) y Comando Estratégico (Offutt Air Force Base, Nebraska)(Dufour, 2009).

Chalmers Johnson, que desde hace varios años viene estudiando el tema de las bases militares, señaló que durante el gobierno de Bush se diseñó la estrategia de actuar contra los “Estados Canalla”, que forman un arco de inestabilidad mundial que va desde la zona andina (Colombia, Venezuela, Ecuador, Bolivia), atraviesa el norte de África, pasando por el oriente Próximo hasta llegar a Filipinas e Indonesia. Este arco de inestabilidad coincide con lo que se denomina el “anillo del petróleo”, que se encuentra en gran medida en lo que antes se conocía como Tercer Mundo. (Ver Mapa No. 5). Según Johnson, “el militarismo y el imperialismo son hermanos siameses unidos por la cadera... Cada uno se desarrolla con el otro. En otro tiempo, se podía trazar la extensión del imperio contando las colonias. La versión estadounidense de las colonias son las bases militares...” (Chalmers, 2009).



Source: US Department of Defense, *Base Structure Report*, 2008.

MAPA 5 La huella militar de Estados Unidos en el mundo. Fuente: US Department of Defense, *Base Structure Report*, 2008.

El establecimiento de bases militares en todo el mundo, en zonas vitales desde el punto de vista económico y político, demuestra que se han ampliado las estrategias, porque ya no se trata solamente de las clásicas intervenciones que operan desde afuera para derrocar a un régimen considerado enemigo por parte de los Estados Unidos, como ha sucedido en Irak y Afganistán.

Ahora se trata de tomar posesión del territorio de un país de manera directa para contar con una fuerza militar activa que funciona en forma autónoma y con una gran capacidad operativa y en el ramo de la inteligencia. Para hacerlo posible, Estados Unidos usa sofisticada tecnología y despliega una impresionante capacidad de hacer daño a países y a territorios localizados en cualquier lugar del planeta (Ruiz Tirado, 2009).

Como parte de la expansión global del imperialismo estadounidense es fundamental un poderío militar que cubre también a todo el planeta. Ya lo ha dicho el plumífero imperialista Thomas Friedman, editorialista del New York Times: “La mano invisible del mercado no funcionará nunca sin puño invisible. McDonald's no puede hacer fortuna sin McDonnell Douglas, el fabricante de los F-15. 13 Y el puño invisible que asegura el mundo para las tecnologías del Silicon Valley tiene varios nombres: United States Army, Fuerza aérea, Navy y Cuerpo de Marines.”

La difusión de los intereses económicos y financieros del imperialismo hasta el último rincón del planeta requiere de un respaldo militar, que se expresa en poder de fuego y en movilidad. Poder de fuego para doblegar brutalmente a sus oponentes, como Estados Unidos lo viene haciendo desde la invasión a Panamá en diciembre de 1989, y a la que han seguido las apocalípticas guerras en el Golfo Pérsico, en la antigua Yugoslavia, en Afganistán. No es casual el mismo nombre que se le ha dado a algunas de esas campañas (Conmoción y Pavor, Tormenta del Desierto) y que los voceros más cínicos de los Estados Unidos hayan dicho que cada una de esas guerras tenía la finalidad de hacer regresar a los países agredidos a la edad de piedra.

Movilidad para poderse desplazar de manera rápida de las bases militares hacia los teatros de guerra, o en otros términos, desplegar la potencia militar sin restricciones en cualquier lugar de la tierra. En este sentido, Estados Unidos dispone en la actualidad del más sofisticado y terrorífico poderío militar que se ha erigido en la historia de la humanidad, que se despliega por mar, aire y tierra. Tiene barcos de guerra, portaaviones y submarinos en todos los océanos del mundo, desde donde despegan cientos de aviones para bombardear objetivos situados a cientos e incluso miles de kilómetros de distancia. Para que todo esto sea posible es indispensable contar con una red mundial de bases militares, distribuida en todos los continentes. Esas bases se encuentran desplegadas en zonas en las que hay ejes de transporte rápido, en donde se recoge información mundial, para espiar y vigilar a sus adversarios. Esto permite disponer de una red comunicacional interconectada con aviones, ferrocarriles, carros de combate, barcos, submarinos, que cuentan con una infraestructura física vital para su funcionamiento, mediante el control de aeropuertos, puertos fluviales y marítimos, carreteras, autopistas y centrales de telecomunicaciones.

De una importancia similar a las bases militares son los portaaviones, desde donde se realizan intervenciones rápidas. Estados Unidos cuenta en la actualidad con 12 portaaviones desplegados por todos los mares del mundo. En torno a cada portaviones se constituye un grupo, esto es, una flota en la que van buques y submarinos, que lo protegen de eventuales ataques aéreos y submarinos: “Los portaviones forman la base de una enorme capacidad ofensiva aérea sin equivalente. Cada portaviones transporta 50 aviones capaces de llevar a cabo entre 90 y 170 ataques al día en función de la misión. Cada grupo contiene también 2 cruceros lanza-misiles. Para tener capacidad de ataque terrestre, estos grupos son completados con tropas y vehículos anfibios”.

Adicionalmente, las intervenciones que se apoyan en los portaaviones se complementan con otras formas de transporte marítimo y aéreo:

Ocho “Fast Sealift Ships” rápidos que pueden conectar la costa de los Estados Unidos y el Golfo Pérsico en 18 días y 20 buques “Roll on/Roll off” forman la base de la capacidad militar de despliegue rápido de tropas. Son reforzados por 58 otros buques a distintos niveles de disponibilidad que forman una flota de reserva así como por buques privados utilizados en alquiler. La capacidad aérea se basa entre otras cosas en la utilización de 134 enormes aviones de transporte C-17 Globemaster (INSUMISA, 2007).

En estas condiciones, la importancia militar de las bases instaladas en Colombia, de hecho todo nuestro territorio, está relacionada con la estrategia de movilidad de las fuerzas armadas de los Estados Unidos en el centro, el sur de América y en el Caribe. De manera un poco más precisa, el imperialismo estadounidense ha propuesto cuatro modelos de posicionamiento militar en nuestro continente: bases de gran tamaño, tipo Guantánamo, en donde hay instalaciones militares completas, ocupadas en forma permanente por efectivos militares y sus familias; bases de tamaño medio, como la de Palmerola, que cuenta con amplias instalaciones que están ocupadas por un personal que se renueva cada semestre; bases pequeñas, bautizadas con el eufemismo de Cooperative Security Locations (CSL), “localidades de seguridad cooperativa”, como las de Curaçao o Comalapa, en donde hay poco personal, pero tienen una importante capacidad operativa en materia de telecomunicaciones y de información, la cual es transmitida a territorio de los Estados Unidos; las bases micro, son sitios de tránsito que se usan para permitir el avituallamiento de los 14 aviones, los que luego despegan hacia sus objetivos, como ejemplo de lo cual puede mencionarse la base de Iquitos, en el Perú (Herren, 2008).

Dada esta diversidad de bases, y sobre todo por las últimas, se ha generado el infundio de que éstas no son bases de los Estados Unidos sino de los países y que los acuerdos de las bases son asunto bilateral entre dos Estados, aparentemente iguales, como lo formuló el entonces presidente de Costa Rica, Oscar Arnulfo Arias, al respaldar la imposición de las bases estadounidenses en suelo colombiano. Desde luego, este sofisma quiere dar a entender que no hay una intervención imperialista que viola la soberanía nacional de un país, tolerada por supuesto por las clases dominantes de ese territorio, sino que la intervención se hace a pedido del país receptor. En esta perspectiva falaz, los Estados Unidos acuden al llamado de ayuda para proteger a los países, con toda la magnanimidad y espíritu de justicia que le caracteriza, del embate de los malvados del mundo. Al margen de tal falacia, son bases estadounidenses,

controladas y manejadas por personal de ese país, y en las cuales el grado de intervención de las autoridades del país huésped es nulo, por no decir que operan como simples sirvientes de sus amos militares imperiales.

Colombia, un portaaviones terrestre de los Estados Unidos.

Colombia paso a convertirse oficialmente en un portaviones terrestre de los Estados Unidos en octubre de 2009, cuando se firmó un “acuerdo” entre los dos países, mediante el cual se establecieron 7 bases militares en nuestro territorio. Aunque meses después, tribunales colombianos hayan declarado la nulidad del tratado, en la práctica este ha seguido operando como si nada hubiera pasado. Por ello, es necesario recordar los elementos básicos de ese tratado, para sopesar el papel que desempeña el Estado colombiano como servidor incondicional del imperialismo estadounidense.

En ese ignominioso “acuerdo”, Colombia le concede a Estados Unidos siete bases, distribuidas a lo largo y ancho de la geografía de Colombia, junto con otras prerrogativas que convierten a este país en un protectorado yanqui. En la práctica, hemos regresado a formas de sujeción cuasi coloniales, propias de un distante pasado, tan lejano como el que se quiso superar con las guerras de la independencia hace dos siglos.

El mismo nombre de “Acuerdo complementario para la Cooperación y Asistencia Técnica en Defensa y Seguridad entre los Gobiernos de la República de Colombia y de los Estados Unidos de América”, como de manera eufemística se denomina al pacto que sella la indigna entrega de nuestro país, es una gran mentira. No es ningún acuerdo sino una imposición imperialista aceptada por sus peones del gobierno colombiano y la pretendida asistencia técnica en defensa y seguridad no es bilateral sino unilateral, ya que los Estados Unidos imponen sus reglas y sus condiciones, como no podía ser de otra forma cuando un país dependiente firma “convenios” militares con ese país (2).

En el artículo III se detalla el alcance real de la ignominiosa entrega cuando se señala que las partes “acuerdan profundizar su cooperación en áreas tales como interoperabilidad, procedimientos conjuntos, logística y equipo, entrenamiento e instrucción, intercambio de inteligencia, capacidades de vigilancia y reconocimiento, ejercicios combinados, y otras actividades acordadas mutuamente, y para enfrentar amenazas comunes a la paz, la estabilidad, la libertad y la democracia”. Así mismo, “se comprometen a fortalecer y apoyar iniciativas de cooperación regionales y globales para el cumplimiento de los fines del presente Acuerdo”. Es necesario subrayar que está incluido prácticamente todo con esa afirmación tan etérea de “otras actividades acordadas mutuamente”, entre las cuales podían incluirse acciones como las de bombardear otro país, como le sucedió a Ecuador el primero de marzo de 2008, lo cual se reafirma con aquello de “fortalecer y apoyar iniciativas de cooperación regionales”, entre las que pueden involucrarse todos los hechos ilegales que se libran en estos momentos desde Colombia contra países.

Esgrimir la defensa de la paz, la estabilidad, la libertad y la democracia es otra forma, en apariencia elegante, de enfatizar la lucha contra el “terrorismo internacional” como la lógica principal que domina el establecimiento de las bases militares en territorio colombiano,

porque desde septiembre del 2001, cuando se inició de manera oficial la guerra contra el terrorismo, Estados Unidos ha sostenido que lo hace para preservar la democracia, la libertad y los valores occidentales, 15 supuestamente hoy en peligro por la acción de fundamentalistas y terroristas. Este es un simple pretexto para ocultar sus verdaderas intenciones, que no tienen que ver con la democracia o la libertad, porque tanto Estados Unidos como Colombia son la negación cotidiana de ambas. La democracia, la libertad y los derechos humanos se convierten en artificios retóricos para descalificar a todos los países que se niegan a plegarse a la diplomacia estadounidense y que esbozan tros planes y proyectos sociales y económicos.

En cuanto al acceso a instalaciones militares el Artículo IV precisa que el gobierno colombiano continuará permitiendo el acceso y uso a las instalaciones de la Base Aérea Germán Olano Moreno, Palanquero; la Base Aérea Alberto Pawells Rodríguez, Malambo; el Fuerte Militar de Tolemaida, Nilo; el Fuerte Militar Larandia, Florencia; la Base Aérea Capitán Luis Fernando Gómez Niño, Apíay; la Base Naval ARC Bolívar en Cartagena; y la Base Naval ARC Málaga en Bahía Málaga; y permitiendo el acceso y uso de las demás instalaciones y ubicaciones en que convengan las Partes.

Esto implica reconocer que, en la práctica, desde hace tiempo vienen operando las fuerzas armadas de los Estados Unidos en Colombia, al decir sin mucho rubor que se “continuara permitiendo el acceso” a este país y, además, se les concede ingreso no sólo a las siete bases mencionadas sino al resto del territorio, al permitirles la entrada a las “demás instalaciones y ubicaciones”. Desde hace ya varios años, mucho antes del acuerdo formal de 2009, venían operando bases militares de los Estados Unidos en diversos lugares de la geografía colombiana, entre las que cabe recordar las de Tres Esquinas y Larandia en el sur del país. Y eso sin contar con que militares y mercenarios de los Estados Unidos hacia presencia en gran parte de las instalaciones militares del Ejército colombiano, como en las de Tolemaida y Palanquero.

Pero no sólo se convierte el territorio colombiano en portaviones de los Estados Unidos, sino que, como es apenas obvio, el espacio aéreo se le deja completamente libre a las aeronaves de ese país (artículo V), a las cuales se les permite que ingresen, sobrevuelen y aterricen, además “se designarán los aeropuertos internacionales para el ingreso y salida del país; y se establecerá un mecanismo para determinar el número estimado de vuelos que harán uso” de esos aeropuertos. Cuando esas naves vuelen en el espacio aéreo colombiano sin ninguna restricción, como mera formalidad se indica que cada una de ellas llevará un “observador aéreo de Colombia”. Ni las aeronaves ni tampoco los buques de guerra de los Estados Unidos pagarán un solo centavo cuando estén en territorio colombiano y “no estarán sujetas al pago de derechos, incluidos los de navegación aérea, sobrevuelo, aterrizaje y parqueo en rampa”. Se enfatiza, en el mismo sentido, que “de conformidad con el derecho consuetudinario internacional y la práctica, las aeronaves y buques de Estado de los Estados Unidos no se someterán a abordaje e inspección”. (Art. VI).

Dada la inmunidad que se le concede al personal militar y civil de los Estados Unidos, éste puede cometer cualquier tipo de crimen y delito sin que tenga porque preocuparse ya que goza de una completa impunidad, como se indica en el artículo VIII: “Colombia otorgará al personal de los Estados Unidos y a las personas a cargo los privilegios, exenciones e

inmunidades otorgadas al personal administrativo y técnico de una misión diplomática, bajo la Convención de Viena”. Y, como si esta cesión de soberanía no fuera suficiente, se agrega unas líneas más adelante: “Colombia garantizará que sus autoridades verificarán, en el menor tiempo posible, el estatus de inmunidad del personal de los Estados Unidos y sus personas a cargo, que sean sospechosos de una actividad criminal en Colombia y los entregarán a las autoridades diplomáticas o militares apropiadas de los Estados Unidos en el menor tiempo posible”. En pocas palabras, de manera acelerada se garantiza la impunidad de los militares y mercenarios de los Estados Unidos y se les despeja el camino para que continúen delinquiendo en otros lugares del mundo, porque recordemos que Estados Unidos libra guerras y adelanta agresiones, espionaje y sabotaje en muchos países del mundo, en los cuales necesita soldados y mercenarios.

En el artículo XIX se indica que “teniendo en cuenta que uno de los objetivos del presente Acuerdo es la profundización de la cooperación para la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo, entre otros, cada Parte se compromete a asumir los costos por daños, pérdida o destrucción de su respectiva propiedad o por la muerte o lesión del personal militar de sus respectivas fuerzas u otro personal de sus Gobiernos que ocurran en el cumplimiento de tareas oficiales relacionadas con 16 actividades que se desarrollen en el marco del presente Acuerdo”. Aunque este artículo pudiera considerarse como secundario, apunta al meollo de la cuestión del verdadero alcance del “acuerdo”, pues se sostiene sin tapujos que la cooperación no sólo abarca la lucha contra “el narcotráfico y el terrorismo” sino que se introducen los reveladores términos de “entre otros”, en los que cabe todo lo que pueda concebirse: ¿entre otros objetivos no pueden estar los de espiar, sabotear, agredir, bombardear o ocupar territorios vecinos, o colocar bombas, asesinar dirigentes políticos o sociales en aquellos países considerados como “enemigos de los Estados Unidos” y de su peón de brega, Colombia?.

En el artículo XX se indica que “los Estados Unidos podrán establecer estaciones receptoras por satélite para la difusión de radio y televisión, sin trámite o concesión de licencias y sin costo alguno para los Estados Unidos” y Colombia “permitirá a los Estados Unidos el uso de la infraestructura de red de telecomunicaciones requerida (...) y sin trámite o concesión de licencias y sin costo alguno, para los Estados Unidos”. Interesante que entre aquellos que tanto presumen de la libertad de prensa e información se desarrollen acuerdos tendientes a que un país poderoso, con impresionantes desarrollos tecnológicos en materia de telecomunicaciones, se apropien, sin pago alguno y sin someterse a los trámites legales, de la infraestructura de comunicaciones de otro país, para desde allí hacer lo que se le venga en gana, incluyendo, como es apenas obvio, los procesos de espionaje a países vecinos.



Bases militares de Estados Unidos en Colombia según el acuerdo de 2009

MAPA 6 Bases militares de Estados Unidos en Colombia según el acuerdo de 2009.

Puede notarse a primera vista al observar el mapa que estas bases se encuentran distribuidas en puntos estratégicos del territorio colombiano, tanto en las dos costas como en zonas selváticas y en pleno centro del país. Dada la velocidad de los aviones militares de los Estados Unidos como el radio de acción de la tecnología satelital empleada para espiar a miles de kilómetros de distancia puede concluirse, sin mucho esfuerzo, porque se dice que Colombia se ha convertido en el portaaviones terrestre del imperialismo estadounidense. Esto, por desgracia, no es una figura retórica, sino que es una terrible realidad, máxime si se añade que existen otras instalaciones militares que desde hace tiempo son manejadas por los Estados Unidos, como acontece con la base de Marandua, cerca de la frontera venezolana. Algo similar ocurre con las bases de Tres esquinas y Larandia, ubicadas en el Departamento de Caquetá, que han sido utilizadas para operaciones 17 aéreas y de inteligencia de las fuerzas armadas de los Estados Unidos y desde donde salen los aviones que fumigan con glifosato las parcelas de indígenas y campesinos en el sur del país.

El pretexto estadounidense de que las bases militares en Colombia no van a ser usadas para agredir, espiar y atacar a otros países de la región, sino que su objetivo es combatir el narcotráfico no resiste la menor prueba empírica y esto por varias razones. Por una parte, las tropas de Estados Unidos fomentan el aumento de los cultivos llamados ilícitos y su consumo, como se viene demostrando desde la guerra de Indochina en la década de 1960, y como es evidente hoy en Afganistán, con el renacer del cultivo de amapola y producción de opio. En ese mismo sentido, el Plan Colombia, en apariencia diseñado para combatir el narcotráfico, tras una década de operación y con unos gastos de miles de millones de dólares, no ha logrado disminuir el cultivo de hoja de coca sino que la ha expandido y llevado a sitios a donde hace 10 años no se daba. Hoy Colombia cuenta con más de 100 mil hectáreas sembradas de hoja de coca y desde aquí se exportan unas 900 toneladas de cocaína cada año. Así mismo, mientras funcionó la base de Manta, en Ecuador, aumentó el tráfico de drogas en el Pacífico, en lugar de disminuir. Por otra parte, las dimensiones de las bases, de los equipos, de la tecnología, de los aviones y de las armas desplegadas en las bases convierten en un mal chiste aquello de combatir el narcotráfico.

No puede ser de otra forma, porque Palanquero es una “base expedicionaria, tiene la capacidad de albergar C-17, aviones de transportes, y para 2025 se prevé que esta base tenga la capacidad de movilizar a 175.000 militares con sus pertrechos en apenas 72 horas” (Machado, 2008).

Palanquero tiene importancia estratégica para los Estados Unidos, porque posee una pista de 3 kilómetros de largo, de la que pueden despegar de manera simultánea tres aviones cada dos minutos, cuenta con hangares para una centena de aviones y puede albergar hasta 2000 militares. Al margen de mentiras poco piadosas, como las propaladas por los representantes de Estados Unidos, Palenquero tiene usos múltiples, como lo indican los documentos generados por diversas instancias de los propios Estados Unidos, como el llamado Libro Blanco del año 2009, donde sin ambigüedades sobre Palanquero se afirma: La inclusión de Suramérica en la estrategia de tránsito global permite lograr dos resultados: ejecutar la estrategia de compromiso regional y ayudar con las rutas de movilidad hacia África. Desafortunadamente no tenemos una estrategia disponible de compromiso en Suramérica

que recurra a equipos aéreos. Hasta hace poco, las preocupaciones de seguridad en Suramérica se habían centrado en la misión antidrogas cuya ejecución no ha requerido el uso de sistemas aéreos estratégicos.

Recientemente, el Comando Sur (USSOUTHCOM) ha tomado interés en establecer una localidad en el continente suramericano que pudiera utilizarse tanto para las operaciones antidroga como para operaciones de movilidad. En consecuencia, con la ayuda del AMC y el Comando de Transporte, el Comando Sur ha identificado Palanquero, Colombia (base aérea Germán Olano, (SKPQ)) como una localidad de seguridad de cooperación (CSL). A partir de esta localidad cerca de la mitad del continente puede cubrirse con un C17 sin reabastecimiento.

De haber suministro adecuado de combustible en el destino, un C17 puede abarcar todo el continente exceptuando la región de Cabo de Hornos en Chile y Argentina. Mientras el Comando Sur defina un sólido plan de compromiso de teatro, la estrategia de establecer una localidad de cooperación en Palanquero debería ser suficiente para el alcance de movilidad aérea en el continente suramericano (El libro blanco al desnudo, 2009).

En ese Libro Blanco se recuerda que “Estados Unidos requiere libertad de acción en las zonas comunes globales y acceso estratégico a regiones importantes del mundo para satisfacer nuestras necesidades de seguridad nacional”, lo que en buen romance significa que Estados Unidos instala bases en aquellos lugares estratégicos que le permitan acceder a zonas críticas, en las que hay petróleo, minerales y recursos naturales.

Conclusiones.

Algunas Razones Que Explican La Implantacion De Bases De Estados Unidos En Colombia.

Para terminar, vale la pena indagar las razones que explican la implantación de bases militares de Estados Unidos en territorio colombiano. Hay por lo menos tres hechos básicos: el interés de Estados Unidos en apoderarse del petróleo de Venezuela y de los recursos naturales de la región Andina-Amazónica; la pretensión de sabotear los intentos de unidad de América Latina, en especial el ALBA; y el interés en impedir la consolidación de procesos nacionalistas en ciertos países de la región. Por supuesto, estos hechos no operan en forma aislada, sino que se encuentran entrelazados porque uno no se entiende sin el otro. En pocas palabras, no pueden verse de manera separada, puesto que para conseguir uno de ellos se precisa, en el caso de la estrategia de los Estados Unidos, de la consecución de los otros dos. Así, por ejemplo, volver a controlar de manera plena el petróleo de Venezuela requiere revertir la revolución bolivariana, encabezada por Hugo Chávez, y de eso se desprende liquidar los proyectos de integración, como el ALBA.

1. El petróleo de Venezuela y otros recursos naturales de la región La imposición de las bases en una zona estratégica como Colombia apunta al control por parte de los Estados Unidos de importantes recursos naturales que se encuentran en la zona andinaamazónica, empezando por el petróleo. Al respecto sobresale Venezuela que cuenta con importantes reservas de crudo, que lo ubican entre los primeros productores a nivel mundial.

Aunque Venezuela no ha suspendido la venta de petróleo a Estados Unidos, el gobierno de Hugo Chávez ha desempeñado un importante papel en diversos planos, tanto a nivel local como mundial, en el manejo del recurso petrolero a favor de la población venezolana. En ese sentido, se destaca su activo papel en revivir a la OPEP, lo que ha incido en el mejoramiento del precio del barril de petróleo en el mercado mundial, su exigencia a las empresas multinacionales para que paguen mejores regalías y respeten las leyes nacionales de Venezuela y la venta de petróleo a precios subsidiados a Cuba, Haití y otros países de la región. Estas determinaciones han chocado a Estados Unidos, por el nivel de independencia y soberanía que representan si se les compara con la política de sumisión petrolera de gobiernos como los de México o Colombia.

Además, debe tenerse en cuenta que en estos momentos de agotamiento del petróleo a nivel mundial, Estados Unidos, el principal consumidor de hidrocarburos, depende en gran medida de los recursos materiales y energéticos que se encuentran fuera de su territorio. Como, al mismo tiempo, no está dispuesto a modificar su nivel de vida, basado en el consumo intensivo de energía fósil, libra en la práctica una guerra mundial por el control de los recursos del mundo. Y en esa guerra no declarada ni reconocida, Venezuela juega un papel de primer orden, por la magnitud de sus reservas. Al respecto, en un estudio reciente del Servicio Geológico de los Estados Unidos se calcula que la franja del Orinoco tiene unos 513.000 millones de barriles, casi el doble de reservas de petróleo que Arabia Saudita, el primer productor mundial de crudo en la actualidad y hasta ahora poseedor de las que se consideraban las reservas más grandes del mundo, con 266.000 millones de barriles. Resulta significativo que la evaluación de un organismo de los Estados Unidos concluya que en Venezuela se encuentran las reservas más grandes de petróleo del mundo y que, además, sea la mayor estimación que hasta la fecha se ha hecho sobre cualquier lugar del mundo (EFE, 2010).

Esto pone de relieve la importancia estratégica de Venezuela para los Estados Unidos, como lo vienen manifestando desde hace algún tiempo diversos ideólogos y portavoces del complejo militarindustrial-petrolero de la primera potencia mundial. Las afirmaciones más enfáticas las hizo el senador republicano Paul Coverdale, primer ponente del Plan Colombia, quien aseguró en 1998 que "para controlar a Venezuela es necesario ocupar militarmente a Colombia". En el 2000 este mismo personaje reafirmó con más detalles:

Aunque muchos ciudadanos teman otro Vietnam, resulta necesario, porque Venezuela tiene petróleo.

Venezuela tiene animadversión por Estados Unidos, éste debe intervenir en Colombia para dominar a Venezuela. Y puesto, que Ecuador también resulta vital, y los indios de allí son peligrosos, los Estados Unidos, también tienen que intervenir ese país. (...) Si mi país está librando una guerra civilizadora en el remoto Iraq, seguro estoy que también puede hacerlo en Colombia, y dominarla a ella y a sus vecinos:

Venezuela y Ecuador (Gorojovsky, 2009).

Esto mismo ha sido ratificado en forma más reciente en un documento redactado por el Comando Sur del Pentágono en el que se indica sin muchos rodeos:

De acuerdo con el Departamento de Energía, tres naciones, Canadá, México y Venezuela, forman parte del grupo de los cuatro principales suministradores de energía a EEUU, los tres localizados dentro del hemisferio occidental. De acuerdo con la Coalition for Affordable and Reliable Energy, en las próximas dos décadas EEUU requerirá 31% más producción de petróleo y 62% más de gas natural, y América Latina se está transformando en un líder mundial energético con sus vastas reservas petroleras y de producción de gas y petróleo (Saxe-Fernandez, 2009).

Por supuesto, no sólo está en la mira el petróleo de Venezuela sino que Estados Unidos también desea controlar y apoderarse de otros recursos naturales que se encuentran en los países de la región andino-amazónica, entre los que pueden mencionarse el gas de Bolivia, el petróleo de Ecuador, el agua, la biodiversidad y los recursos forestales de Colombia y Brasil y todo aquello que sea susceptible de extraerse y mercantilizarse para provecho del imperialismo y sus empresas, como los saberes indígenas de los milenarios habitantes de selvas y bosques de América Central y Sudamérica.

Destruir los proyectos de unidad regional.

La construcción de una nación que integrará los antiguos territorios del imperio español, como forma de asegurar su prosperidad y enfrentar y resistir las ambiciones expansionistas de diversos imperios, de Europa y de los nacientes Estados Unidos, se constituyó en uno de los sueños más anhelados de los más preclaros líderes de la independencia en nuestro continente. Desde un primer momento esos intentos de unidad naufragaron por diversas razones, entre ellas la constitución de poderes locales de tipo caudillista y la acción soterrada o abierta de grandes potencias que siempre se han basado en la lógica de “dividir para reinar”. En tiempos recientes, y con un gran empuje del gobierno bolivariano de Venezuela, se ha hecho revivir un proyecto de integración que se ha plasmado en la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), que representa el proyecto de unidad económica, política y cultural más importante de todos los que se han realizado en nuestra América desde los tiempos de la Gran Colombia. Así mismo, en estos momentos también existen otras propuestas de unidad, como la de El Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y últimamente la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC).

Como es de suponer estos procesos de integración, surcados por múltiples dificultades y contradicciones internas, no son muy bien recibidos por Washington y sus socios más arrodillados, como lo demuestra el caso de Honduras, donde se perpetró un golpe contra su presidente constitucional, que tenía entre sus objetivos principales impedir la vinculación efectiva de ese país al ALBA, como lo lograron porque el régimen golpista, formado por servidores incondicionales de Estados Unidos, retiró a Honduras de ese acuerdo meses después. Esto indica, a través del caso de un país cuyos gobernantes siempre han sido

incondicionales a los Estados Unidos, que para el imperialismo y sus multinacionales la existencia del ALBA es un trago amargo difícil de digerir y están dispuestos a realizar todo tipo de maniobras para sabotear este proyecto de integración.

En ese propósito de torpedear dicha integración, en la que participan países de la zona andina como Venezuela, Ecuador y Bolivia, el régimen colombiano juega un papel de primer orden, como ya lo ha demostrado fehacientemente. Esto se evidencia con algunos hechos que vale la pena recordar: la atomización de la Comunidad Andina de Naciones (CAN), que obligó a Venezuela a retirarse de este acuerdo, cuando Colombia, junto con Perú, decidieron impulsar Tratados de Libre Comercio con Estados Unidos en el 2006, negociando de manera bilateral, sin consultar a los otros miembros, y violando en la práctica los compromisos contraídos con antelación de no entablar acuerdos en forma separada; el bombardeo a territorio ecuatoriano el primer día de marzo de 2008 y la campaña de calumnias e infundíos que desde entonces se ha propagado desde las altas esferas del gobierno, del Ejército y de la “gran prensa” de Colombia no sólo para justificar ese hecho ilegal y criminal, sino para enlodar a los gobiernos de Ecuador y de Venezuela, además del anuncio reiterado que se volverían a realizar agresiones similares cuando lo consideren necesario, como lo han dicho funcionarios del actual régimen; las reiteradas incursiones de grupos paramilitares, procedentes de Colombia, en los territorios de otros países con el fin de causar pánico y aterrorizar a los ciudadanos colombianos que huyeron de nuestro país o de advertir sobre lo que están dispuestos a hacer con los vecinos; el racismo contra la población humilde de Ecuador y Venezuela (indígenas, afrodescendientes y mulatos) que destilan representantes de las clases dominantes de Colombia y que reproducen sus medios de comunicación.

Tanto Estados Unidos como las burguesías lacayas del continente no les interesa ningún proyecto de integración real, porque eso pondría en cuestión los Tratados de Libre Comercio, que es el nombre como se Saboteo a los procesos nacionalistas en marcha.

La implantación de las bases militares en Colombia también está relacionada de manera directa con la decisión del gobierno de los Estados Unidos, y de sus lacayos de América del Sur, de oponerse a los gobiernos nacionalistas que han surgido en varios países de la región en los últimos años. Sobre el particular, un documento de mayo de 2009 de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos enfatiza la importancia de la base de Palanquero, en el centro de Colombia, al recalcar que “nos da una oportunidad única para las operaciones de espectro completo en una subregión crítica en nuestro hemisferio, donde la seguridad y estabilidad están bajo amenaza constante por las insurgencias terroristas financiadas con el narcotráfico, los gobiernos antiestadounidenses, la pobreza endémica y los frecuentes desastres naturales” (Departamento de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, 2006). Se agrega en este mismo documento que la base de Palanquero, por su capacidad, excelente ubicación y buena pista, significa ahorrar costos, y su aislamiento relativo “minimizará el perfil de la presencia militar estadounidense”. Con ello, se mejorará “la capacidad de EEUU para responder rápidamente a una crisis, y asegurar el acceso regional y la presencia estadounidense con un costo mínimo. Palanquero ayuda con la misión de movilidad porque garantiza el acceso a todo el continente de Suramérica con la excepción de Cabo de Hornos, si el combustible está disponible, y más de la mitad del continente sin tener que reabastecer”.

(Departamento de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, 2006).

En cuanto a las cuatro razones mencionadas por las cuales se justifica el establecimiento de la base de Palanquero (lucha contra lo que Estados Unidos denomina “terrorismo” y narcotráfico, gobiernos antiestadounidenses, pobreza y desastres naturales) en muy poco tiempo la ocupación armada de Haití por los Estados Unidos ha saldado cualquier discusión, pues los hechos han venido a mostrar el verdadero alcance del intervencionismo de los Estados Unidos, aunque éste no haya sido hecho desde Palanquero, pero sí indica lo que les espera a los países de la región en un futuro inmediato.

En efecto, después del devastador terremoto natural que asoló a la empobrecida isla caribeña, que se sumó al terremoto social y económico provocado por el capitalismo y el imperialismo desde hace décadas, Estados Unidos en lugar de enviar ayuda sanitaria, alimenticia o económica para socorrer a los millones de damnificados, desembarcó más de 20 mil marines, y se convirtió en una fuerza de facto con el pretexto de mantener el orden. En realidad, esa ocupación está relacionada con otras razones de tipo estratégico: convertir a Haití en otro portaviones terrestre para desde allí espiar y preparar agresiones contra los países de la región; asegurarse el control de posibles yacimientos de minerales y de petróleo que pudieran encontrarse en el subsuelo de ese país; evitar la migración masiva hacia los Estados Unidos de los haitianos que tratan de huir de la miseria y la desolación; y, facilitar el establecimiento de maquilas para las multinacionales, aprovechando una fuerza de trabajo casi gratuita. Estas son algunas de las consecuencias que se desprenden de las intervenciones imperialistas que se justifican a partir de lo que los Estados Unidos denominan, en forma eufemística, “desastres naturales”.

Por otro lado, en documentos oficiales de diversas instancias del gobierno de los Estados Unidos, que son reproducidos de forma inmediata por las clases dominantes de Colombia y por la prensa del país y del continente, se acusa a los gobiernos de Venezuela, Ecuador y Bolivia de múltiples delitos: entorpecer la lucha contra las drogas, que supuestamente llevaría a cabo Estados Unidos; haberse convertido en refugio de “terroristas” de toda laya, llegando incluso a fabricar mentiras sobre la supuesta presencia de grupos terroristas procedentes del Medio Oriente en la Guajira venezolana o asegurar que en Venezuela se estarían preparando armas nucleares y mil embustes por el estilo; en esos países no se respetaría la libertad de prensa y se habrían convertido en regímenes dictatoriales, que se oponen a la libre empresa y a la propiedad privada. Para citar sólo un ejemplo reciente, recordemos que en febrero de 2010 Denis Blair, Director Nacional de Inteligencia de Estados Unidos, señaló en forma irresponsable que el presidente venezolano y sus aliados, y menciona en forma concreta a Cuba, Bolivia, Ecuador y Nicaragua, “se opondrá a toda iniciativa estadounidense en la región, entre ellas, la expansión del libre comercio, el entrenamiento militar, la cooperación antidrogas y antinarcóticos, iniciativas de seguridad e incluso programas de asistencia”. Dicha oposición, según el vocero de los Estados Unidos, se explica porque el presidente Hugo Chávez ha impuesto “un modelo político populista y autoritario en Venezuela que mina las instituciones democráticas”(Blair, 2009).

Todas estas mentiras están inscritas en la llamada guerra de cuarta generación que en estos momentos Estados Unidos, vía el gobierno colombiano, libra de manera directa contra

Venezuela y Ecuador. En este tipo de guerra, el gobierno de Estados Unidos pretende mantenerse al margen para dar la impresión que no está involucrado, recurriendo a gobiernos títeres, como el de Colombia, para adelantar todas las acciones criminales de sabotaje y desestabilización interna en los países que han adoptado proyectos revolucionarios o nacionalistas. Por eso, no resulta extraño que desde el mismo momento de implantación de esos gobiernos, Estados Unidos esté operando desde Colombia, y con la directa participación de la oligarquía de este país para impedir la consolidación de los procesos revolucionarios en marcha. Desde luego, que esa oligarquía tiene sus propios intereses porque considera como un muy mal ejemplo que se llegaran a fortalecer gobiernos nacionalistas, que pudieran convertirse en un incentivo para los sectores populares de Colombia, y para ello han librado con toda la premeditación y mentira del caso una campaña mediática de infundios y mentiras entre la población pobre, en la que se recurre a las calumnias racistas contra los presidentes de varios países de la región, entre ellos Venezuela, Ecuador y Bolivia.

En este tipo de guerra irregular, no reconocida ni nunca declarada pero tan mortífera como las guerras convencionales, la oligarquía colombiana se ha valido de todas las armas, que van desde la calumnia y la amenaza pública contra los gobiernos de la región, pasando por su intento, por lo demás risible, de acusar a Hugo Chávez y Rafael Correa como terroristas ante la ONU u otras instancias internacionales, hasta llegar a la organización y financiación de grupos de paramilitares que han incursionado en territorio venezolano y que incluso han participado en acciones criminales en ese país, incluyendo un intento de atentar contra el presidente venezolano en el 2005.

Que Estados Unidos sigue pensando en términos de guerra irregular ha quedado demostrado con la publicación de un Manual de Contrainsurgencia en el 2009. El título podría verse a primera vista como desfasado, puesto que este tipo de manuales eran propios de la época de la guerra fría. Pero no hay tal desfase. Ese manual apunta a reforzar la idea que Estados Unidos se tiene que seguir enfrentando a enemigos irregulares, y lo más preocupante para Colombia y América Latina estriba en que a todos los mete en un mismo saco. En efecto, en se texto se sostiene que no hay diferencias entre narcotráfico, terrorismo y movimientos guerrilleros, afirmación que se sustenta en el hecho de que todas las organizaciones irregulares comparten las mismas tácticas y estrategias y mecanismos de financiación. Este nuevo rostro que la contrainsurgencia tiene un terrible impacto, porque en esa lógica predomina una visión exclusivamente militar y se renuncia a reformas sociales, económicas y políticas, todo lo cual está inscrito en la lógica de guerra permanente y preventiva. Pero, además, al identificar como similares a grupos guerrilleros con terroristas y narcotraficantes lo que Estados Unidos justifica es su involucramiento directo en las luchas internas, que responden a condiciones política, que libran grupos que tienen sus propios presupuestos ideológicos. Eso, sencillamente, es echarle leña al fuego, porque una cosa es financiar, preparar y armar al ejército de un Estado, lo que Estados Unidos viene haciendo desde hace 60 años, a intervenir militarmente en forma abierta en un territorio extranjero, en un país al cual no se le ha declarado la guerra. Desde luego, que Estados Unidos ha intervenido de esta forma, pero eso se hacía en forma soterrada y clandestina, pero ahora lo que se plantea es hacerlo de manera directa, lo que supone ampliar la noción de campo de batalla a todo el mundo (Egremy, 2009).

Esto quiere decir que Estados Unidos ha decidido considerar que la guerra irregular adquiera tanta importancia como la guerra convencional, y por ello deberá identificar sus potenciales enemigos no estatales y estatales que se conviertan en peligros para la seguridad de los Estados Unidos y atacarlos en sus propios territorios. Con esto tenemos que a un país como Colombia ya no sólo van a venir mercenarios y asesores que, formalmente no intervienen en las batallas, sino que en determinados momentos pueden llegar a desembarcar marines.

Referencias.

- Barrios, M. A. (06 de 12 de 2006). Los desafíos de la Seguridad y Defensa en América del Sur. Recuperado el 01 de 02 de 2012, de Centro Argentino de Estudios Internacionales: http://www.caei.com.ar/sites/default/files/15_4.pdf.
- Blair, D. (2 de 12 de 2009). Latinoamérica amenazada por crimen y populismo. Recuperado el 3 de 12 de 2011, de www.noticias.latino.msn.com: <http://www.noticias.latino.msn.com/latinoamerica/articulos.aspx?cp>.
- Calle, F. (04 de 03 de 2008). Venezuela-Colombia: las capacidades militares que esconden las palabras. Recuperado el 4 de 4 de 2012, de www.nuevamayoria.com: http://www.nuevamayoria.com/index.php?option=com_content&task=view&id=346&Itemid=1.
- Calloni, S. (5 de 12 de 2009). Expansión militar de Estados Unidos: golpe en Honduras y bases en Colombia. Recuperado el 4 de 4 de 2012, de www.cubadebate.cu: <http://www.cubadebate.cu/opinion/2009/08/25/expansion-militar-de-estados-unidos-golpe-en-honduras-y-bases-en-colombia/>.
- Ceceña, A. E. (02 de 02 de 2004). Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites. Buenos Aires: CLACSO. Recuperado el 03 de 03 de 2012, de Observatorio Latinoamericano de Geopolítica: <http://www.geopolitica.ws/article/estrategias-de-construccion-de-una-hegemonia-sin-l/>.
- Chalmers, J. (5 de 12 de 2009). El imperio estadounidense de las bases. Recuperado el 05 de 04 de 2012, de www.nodo50.org: www.nodo50.org/.../imperio_bases.htm.
- Chiani, A. M. (23 de 07 de 2010). Plan estratégico de Estados Unidos para América Latina y el Caribe. Recuperado el 5 de 3 de 2012, de www.observando.com: https://www.facebook.com/note.php?note_id=448696974531.
- Davis Savinar, M. (17 de 02 de 2004). La vida después de la debacle del petróleo. Recuperado el 02 de 02 de 2012, de www.argemto.com.ar: <http://www.argemto.com.ar/8%20peak.htm>.
- Departamento de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. (05 de 12 de 2006). Documento oficial de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Recuperado el 12 de 12 de 2011, de www.chavezcode.com: <http://www.chavezcode.com/.../documento-oficial-de-la-fuerza-aerea-de.html>.
- Dietrich, H. (2003). Las guerras del capital. De Sarajevo a Irak. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Diez Canceco, J. (30 de 03 de 2007). América Latina. territorio en disputa. Recuperado el 13 de 02 de 2012, de Alaiet: <http://alainet.org/active/16636&lang=es>.

- Dufour, J. (10 de 12 de 2009). La red mundial de bases militares de los EE:UU. Los fundamentos del terror de los pueblos o los eslabones de una red a que aprisiona la humanidad. Recuperado el 5 de 5 de 2012, de [www.avizora.com: http://www.avizora.com/.../0025_bases_militares_de_estados_unidos.htm](http://www.avizora.com/.../0025_bases_militares_de_estados_unidos.htm).
- EFE. (23 de 01 de 2010). Venezuela doblaría en reservas a A. Saudí. El Tiempo, pág. Sección Internacional.
- Egremy, N. (28 de 06 de 2009). contrainsurgencia para el siglo XXI. Recuperado el 06 de 12 de 2011, de www.contralinea.info: <http://contralinea.info/archivo-revista/index.php/2009/06/28/contrainsurgencia-para-el-siglo-xxi/>.
- El libro blanco al desnudo. (05 de 12 de 2009). Recuperado el 05 de 12 de 2011, de www.americaxxiweb.com: <http://www.americaxxi.com.ve/numeros/0059/noticias0059/htd.pdf>.
- García Cuñarro, L. M. (02 de 02 de 2006). El globalismo militar de los Estados Unidos. Recuperado el 03 de 03 de 2012, de www.cubasocialista.cu: www.cubasocialista.cu/texto/defensa/cssd001.htm.
- Globedia. (19 de 04 de 2010). Minerales estratégicos: una excusa para el expolio del Tercer Mundo y para nuevas guerras. Recuperado el 12 de 02 de 2012, de Globedia: <http://co.globedia.com/minerales-estrategicos-excusa-expolio-tercer-mundo-guerras>.
- Golinger, E. (08 de 12 de 2008). Guerra irregular contra Venezuela. Recuperado el 05 de 04 de 2012, de www.aporrea.org: <http://www.aporrea.org/internacionales/a68454.html>.
- Gordon, S. S., & Dubik, J. M. (1995). cómo se librará la guerra en la era de la información? En F. Sierra, *Military Review* (marzo-junio) (págs. 35-37). Kansas: United States Army Combined Arms Center.
- Gorojovsky, N. (28 de 08 de 2009). Senador de EEUU planteó hace 9 años la ocupación militar de Colombia para controlar a Venezuela. Recuperado el 5 de 12 de 2011, de list.econ.utah.edu: <http://lists.econ.utah.edu/pipermail/a-list/2009-August/040622.html>.
- Herren, G. (6 de 12 de 2008). Colombia y la movilidad militar de Estados Unidos en América del Sur y África. Recuperado el 5 de 12 de 2011, de www.jbcs.blogspot.com: www.jbcs.blogspot.com/.../colombia-y-la-movilidad-militar-de.htm.
- Insustay Rodríguez, A., & Vallejo Duque, Y. (2008). Acción social ¿una dinámica para el desarrollo social o una estrategia para el control territorial? en: *El Agora USB*, VOL8 N2101-122.
- INSUMISA. (18 de 02 de 2007). Mc Ejército: ¿qué es la globalización de la guerra? Recuperado el 5 de 12 de 2011, de www.nodo50.org: <http://www.nodo50.org/antimilitaristas/spip.php?article3121>.

- Isaza Delgado, J. (Febrero de 2008). Algunas consideraciones cuantitativas sobre la evolución del conflicto en Colombia. *Revista de Economía Colombiana*(322), 3-10.
- Jalife Rahme, A. (10 de 08 de 2000). Estados Unidos invadió literalmente el mundo. *La Jornada*.
- Klare, M. (19 de 10 de 2004). La nueva misión crucial del pentágono I y II. Recuperado el 01 de 01 de 2012, de *Rebelión*: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=6312>.
- Klare, M. T. (02 de 02 de 2003). La estrategia energética de Bush-Cheney: Losa cuatro rincones del petróleo. Recuperado el 02 de 02 de 2012, de *Mundo Árabe*: http://www.mundoarabe.org/estados_unidos_y_el_petr%C3%B3leo.htm.
- Machado, D. (5 de 12 de 2008). Los planes militares de Estados Unidos en Latinoamérica. Recuperado el 04 de 04 de 2011, de www.diagonalperiodico.net: <http://www.diagonalperiodico.net/Los-planes-militares-de-EE-UU-en.htm>.
- Modak, F. (10 de 12 de 2009). ¿para qué las 20 bases militares de EE.UU.? Recuperado el 5 de 5 de 2012, de www.nodo50.org: <http://www.nodo50.org/ceprid/spip.php?article666>.
- Mosaddeq Ahmed, N. (11 de 09 de 2006). El ejército de USA considera una revisión del mapa de Oriente Próximo para conjurar una próxima crisis global. Recuperado el 03 de 03 de 2012, de www.rebelion.org: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=37401>.
- Otero Parada, D. (2010). El papel de los Estados Unidos en el conflicto armado colombiano. De la Doctrina Monroe a la cesión de siete bases militares. Bogotá: Aurora.
- Peters, R. (12 de 02 de 2006). Fronteras de Sangre. Recuperado el 03 de 03 de 2012, de *Armed Forces Journal*: <http://www.armedforcesjournal.com/2006/06/1833899>.
- Ruiz Tirado, W. (18 de 09 de 2009). La tendencia militarista del imperio: Uribismo y pentagonismo se dan la mano. Recuperado el 5 de 12 de 2011, de www.rebelion.org: <http://www.rebelion.org/notiica.php?id=91666>.
- Saxe-Fernandez, J. (2009). América Latina: ¿reserva estratégica de Estados Unidos? *América Latina*, 19-25.
- Shmitt, J. (25 de 08 de 2009). Guerra de cuarta generación, trastornando nuestras mentes hacia la sumisión total. Recuperado el 04 de 03 de 2012, de [www.kaosenlared.net](http://old.kaosenlared.net): <http://old.kaosenlared.net/noticia/guerra-cuarta-generacion-trastornando-nuestras-mentes-hacia-sumision-t>.
- Vallejo Duque, Y., & Insuasty Rodríguez, A. (2009). Desarrollo Social Para el Control territorial. *Círculo de Humanidades*, 99-110.
- Visión siete internacional. (20 de 06 de 2009). Bases militares de USA. Mirando al Sur. Objetivo de los Estados. *Visión siete internacional*.
- Zibechi, R. (10 de 03 de 2008). Crisis militar en Sur América: los frutos del Plan Colombia. Recuperado el 5 de 5 de 2012, de www.cipamericas.org: <http://www.cipamericas.org/es/archives/1417>.

Notas

¹Disponible en <http://www.southcom.mil>.

²Texto completo del acuerdo se encuentra en <http://www.colectivodeabogados.org/>, de donde provienen todas las citas textuales que se presenta en este ensayo.